

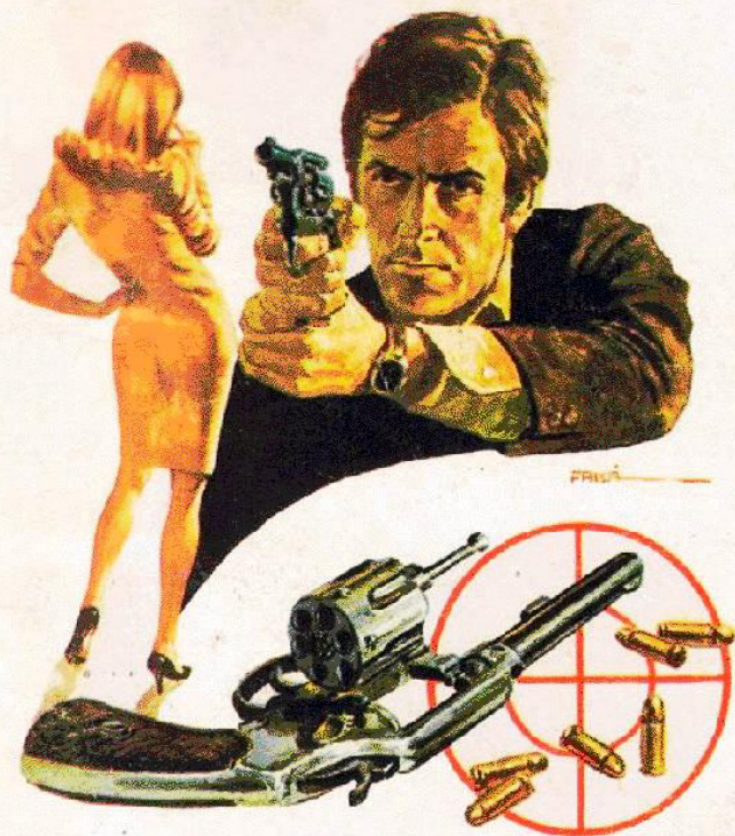
BOLSEROS BELGIERA

PUNTO

ROJO

una tumba por delante

ray lester



COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



RAY LESTER

UNA TUMBA POR DELANTE

Colección **PUNTO ROJO** n.º 764
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 40.109 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: diciembre, 1976

© Ray Lester - 1976

texto

© Salvador Fabá - 1976

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1976

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección KANSAS:

777 — Los cadáveres no disparan.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.034 — Valle Irlanda.

En Colección COLORADO:

878 — Hembras maliciosas.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

303 — Indultado para matar.

En Colección SALVAJE TEXAS:

907 — Los diablos de Coyame.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

234 — Amor de leona.

En Colección PUNTO ROJO:

755 — Un par de desgraciados.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.351 — Ella y sus gorilas.

CAPÍTULO PRIMERO

El presidente de una de las cadenas de periódicos más potente del país, Anthony Garfield, posó una mirada inexpresiva en el joven de piel curtida, rostro de facciones enérgicas y fuerte constitución que tenía de pie al otro lado de la panorámica mesa.

—¿Qué edad tiene, Jordán?

—Veintiocho años, señor Garfield.

—¿Qué tipo de labor desarrollaba en Vietnam?

—Adjunto a misiones especiales —respondió un tanto seco Bruce Jordán. Y luego agregó irónico—: Las misiones especiales las llevaba a cabo por cuenta del Gobierno de Estados Unidos.

Garfield siguió mirándolo inexpresivo.

—¿Graduación?

—La mínima. Nunca me gustó mandar.

—¿Prefiere ser mandado?

—Menos.

—¿Abandonó el ejército por finalizar el enrol, o... tuvieron que expulsarlo?

—Lo primero.

El millonario Garfield desvió la mirada a unos papeles que sostenía entre los dedos y después de unos segundos repasando la lectura de éstos, volvió a levantar la cabeza.

—¿Tiene mucha amistad con la persona que lo recomienda, Jordán?

En las claras pupilas del joven hubo un destello sardónico y permaneció unos instantes en silencio. Después encogió los anchos hombros displicente.

—No somos uña y carne si es a lo que se refiere, señor Garfield. El me salvó la vida en cierta ocasión y cuando pude le devolví el favor. Podemos decir que... nos toleramos mutuamente.

El presidente de la cadena de periódicos aplicó unos suaves

golpecitos a los papeles.

—El capitán Benson me facilita un informe excelente de usted, Jordán. Dice que es persona inteligente y digna de toda confianza.

—Favor que le debo.

Anthony Garfield torció el gesto contrariado.

—Observo una sequedad innecesaria en sus respuestas, Jordán. ¿Es usted un hombre resentido de la sociedad?

De nuevo brilló un destello sardónico en las pupilas de Jordán. Hizo una mueca y replicó:

—La sociedad no me debe nada ni yo a ella, señor Garfield. Estamos a la par.

—Es usted un hombre de carácter seco, ¿eh?

—¿Tiene eso importancia de cara al empleo?

—Desde luego que no —suspiró el millonario—. Si le hago preguntas no es por capricho, Jordán. La índole del trabajo a realizar requiere mi completa seguridad respecto a la persona que deseo contratar. Si le molesta que le interrogue...

Garfield dejó sin completar la frase y lo hizo Jordán:

—Puedo dar media vuelta y salir de nuevo a la calle, ¿eh, señor Garfield?

El otro lo miró fríamente.

—Más o menos.

—Me gustaría saber algo antes de continuar, señor Garfield.

—Adelante.

—Benson me dijo que pensaba usted pagar cincuenta dólares diarios y me pareció una exageración.

—Benson le dijo la verdad.

Bruce Jordán movió la cabeza lentamente en sentido afirmativo. Tras un breve silencio, invitó:

—Puede continuar preguntando, señor Garfield.

Hubo una pausa y siguió el millonario:

—¿No le importa seguir contestándome?

—Procuraré hacerlo lo mejor posible, señor Garfield.

—¿Por qué desea trabajar para mí, Jordán?

El joven emitió una risita.

—Acaba de decir que pagará cincuenta diarios, ¿no?

—Ésa no es una razón.

Jordán volvió a sonreír nuevamente.

—Lo es cuando se llevan tres meses en el dique seco y se agotan las reservas, señor Garfield. Nuestro ejército no tiene por norma buscar empleo a los hombres que finalizan su tiempo de servicio.

El millonario empezó a comprender el íntimo resentimiento de Bruce Jordán. Tres años de guerra en Vietnam sin otra recompensa que un pequeño salario y la siempre dudosa satisfacción de haber cumplido con su deber. Después... sólo frente a la lucha cotidiana y mucho más difícil por la subsistencia.

Un trato considerado por todos como normal, aunque injusto, había convertido al técnico en electrónica Bruce Jordán en un hombre rudo, receloso de cuanto le rodeaba.

Anthony Garfield tendió una cigarrera a Jordán y éste denegó moviendo la cabeza. Encendiendo un cigarro, comentó el presidente de la cadena de periódicos:

—Es usted uno de los muchos inadaptados, Jordán.

—Puede ser, señor Garfield. Quizá nadie me comprende, o... me he convertido en una persona no apta para convivir con la gente civilizada.

Garfield percibió una profunda amargura en las palabras del joven.

—Fue dura la permanencia en Vietnam, ¿eh, Jordán?

—Si quitamos a los norvietnamitas infiltrados siempre dispuestos a pegar puñaladas traicioneras, los pantanos cubiertos de millones de insectos rabiosos y las selvas donde no se podía dar un paso sin encontrar una trampa mortífera... era una vida de color rosado, señor Garfield.

El millonario asintió lentamente.

—Comprendo. ¿Le habló el capitán Benson respecto al empleo?

—Ni una palabra. Sólo dijo que... se trataba de un asunto completamente legal.

—De eso puede estar seguro. Aunque, por supuesto, deberá llevar pistola y no dudar en utilizarla si se presenta la ocasión. En caso de llegar a un acuerdo le conseguiré la correspondiente licencia.

—¿Para atacar?

—No, Jordán. Sólo para defender a la persona que se le asigne.

—¿Se trata de un empleo como guardaespaldas, señor Garfield?

—Exacto, Jordán.

El joven se pasó la mano por el mentón.

—¿Necesita usted un guardaespaldas, señor Garfield?

—Necesito varios, Jordán —el millonario hizo una pausa y tras echar otra ojeada a los papeles que tenía en las manos, agregó—: Por mi parte estoy dispuesto a aceptarle. Los informes del capitán Benson no pueden ser mejores y han quedado claros los motivos por los que es usted un hombre rudo, seco... Dadas las circunstancias será mejor que le explique el asunto desde el principio.

Bruce Jordán guardó silencio y siguió Garfield:

—Desde hace unas semanas se vienen sucediendo hechos deplorables a lo largo de toda la costa del Pacífico. Cuatro o cinco personas han sido secuestradas después de los últimos conflictos laborales surgidos en el mundillo de la prensa. En todos los casos se ha tratado de directores de rotativos o familiares allegados a ellos. Incluso dos de los secuestrados aparecieron en las afueras de San Francisco con un balazo en la nuca. Nos encontramos ante una extraña situación que la policía se ve impotente para atajar. Yo mismo he recibido varios anónimos que amenazaban mi vida.

Jordán empezó a mostrarse interesado.

—Siga, señor Garfield.

—Las amenazas que he recibido incluyen también a mi esposa y a mi hija. Eva, mi hija, pudo escapar hace unos días de un coche que la persiguió durante varios kilómetros gracias a la habilidad que posee con el volante. Pero no estoy dispuesto a consentir que esa gentuza tenga éxito en uno de sus intentos y, prescindiendo de los servicios de la policía, he decidido crear mi propio cuerpo de seguridad. Su obligación, en caso de aceptar el empleo, consistirá en cuidar de la integridad física de mi familia, Jordán.

El joven estuvo unos instantes silencioso.

Luego indagó hablando despacio:

—¿Lo sabe la policía, señor Garfield?

—Desde luego. Tengo amistades en las más altas esferas y no se oponen en absoluto a que cuatro hombres empleen las armas en caso de necesidad para protegernos.

Jordán movió la cabeza afirmativamente.

—Puede contar conmigo, señor Garfield. No soy un sabueso profesional, pero haré todo lo posible para cuidar de ustedes.

—De acuerdo, Jordán. Empezará a trabajar en seguida.

—¿Tiene ya a los otros tres, señor Garfield?

—Sí —replicó dando una cabezada Anthony Garfield—. Sus nombres son Bud Wallace, Jeff Smith y Luke Clinton. Una cosa, Jordán...

—Diga, señor Garfield.

—Quizá deba tener un poco de paciencia con Bud Wallace. Es el encargado de situar a cada uno en su puesto y ustedes tres deben obedecer sus órdenes. Digamos... que Wallace es responsable directo del comportamiento de ustedes y por lo tanto tiene que coordinar los movimientos para que nada falle.

—Me hago cargo.

Anthony Garfield dio una larga chupada al cigarro y miró fijamente a Jordán por encima del humo.

—Tengo que advertirle que Bud Wallace posee, igual que usted, un carácter rudo, áspero. Durante diez años fue teniente de la Brigada de Homicidios y precisamente le obligaron a dimitir por sus excesivas brusquedades con los detenidos.

Jordán compuso una mueca.

—Comprendo.

—¿Cree que podrá llevarse bien con él, Jordán?

El joven encogió los hombros.

—Lo intentaré por lo menos, señor Garfield. Me interesa cobrar esos cincuenta dólares diarios. Si me veo obligado a coger el petate y largarme, se lo comunicará el propio Wallace.

—Está bien.

Anthony Garfield dejó el cigarro en un cenicero y escribió una dirección en una cartulina rectangular, tendiéndola a Jordán.

—Ésta es la villa donde debe presentarse a Bud Wallace, Jordán. Él se encargará de asignarle su trabajo y al mismo tiempo le pagará el salario cada día. Tengo por costumbre hacerlo por anticipado.

El joven echó un vistazo a la cartulina y forzó una sonrisa.

—Espero poder cobrarlo muchos días, señor Garfield.

CAPÍTULO II

Pensó Bruce Jordán que Anthony Garfield se había quedado corto al llamar villa a la enorme mansión de dos pisos, con edificio principal y dos alas, ubicada en las afueras de la ciudad.

Se detuvo el joven frente a la cancela de hierro forado y echó un indolente vistazo al interior.

Un sendero arrancaba de allí y llegaba hasta la entrada principal situada a unos trescientos metros. En el verde césped que rodeaba la mansión descubrió Bruce una piscina y una pista de tenis. La piscina se hallaba solitaria, pero en la pista de tenis jugaban dos muchachas vistiendo cortas falditas blancas que dejaban al descubierto sus largas y bien torneadas piernas.

Desde allí no podía distinguir las facciones de sus rostros. Una de ellas llevaba los cabellos rojos como el fuego recogidos tras la nuca con una cinta. Casi le llegaban a la cintura.

—¿Qué hace ahí parado, compañero?

Desvió la mirada Bruce sorprendido por la voz que había sonado de repente a su derecha y descubrió a un sujeto pelirrojo con la cara llena de pecas que le miraba agresivamente desde el otro lado de la reja.

Bruce Jordán habló sin inmutarse:

—Vengo buscando a un tal Bud Wallace.

—¿Cómo te llamas?

—Caperucita Roja, panocha.

El pelirrojo dejó escapar una fría risita.

—Eres un machito, ¿eh?

Bruce encogió los hombros.

—¿Por qué no te pegas una carrera y avisas a Wallace? Dile que me envía el señor Garfield y a lo mejor te ganas una recompensa. Soy el cuarto elemento de la partida.

El otro chasqueó la lengua sin moverse del sitio.

—No nos gusta que los vagabundos rondan cerca de esta casa, Caperucita Roja. Largo de aquí.

—¿Quién dice que sea un vagabundo?

El pelirrojo señaló desdeñoso los pantalones con brillo en ciertas partes de Bruce y la cazadora bastante deteriorada.

—Tu vestimenta pega gritos, chico.

—Nunca juzgues a una persona por su aspecto exterior, Jeff Smith. ¿O acaso eres Luke Clinton?

El pelirrojo aproximó la diestra a la axila y lo miro ceñudo.

—¿Cómo sabes mi nombre, tú?

Jordán dejó escapar un suspiro.

—Vamos, hombre. No vamos a pasarnos el día aquí de cháchara. Avisa a Wallace de una vez.

Jeff Smith quedó unos instantes dubitativo y a continuación se dirigió a una caseta situada junto a la verja por su parte interior y derecha.

Descolgó un teléfono y escuchó Bruce que hablaba unas palabras que no pudo captar con claridad. Luego colgó el auricular y regresó a la verja abriéndola en silencio.

Señaló a Jordán el sendero enarenado y masculló:

—Sigue por ahí, Caperucita Roja. Wallace te espera al final, y te aconsejo que dejes a un lado ese aire de perdonavidas.

Bruce extendió los dedos índice y corazón y se los llevó a la cabeza en muda despedida.

Acto seguido echó a andar en dirección al edificio.

Avanzando descubrió otro sendero que se iniciaba más a la derecha del que seguía. Estaba asfaltado y pensó Jordán que lo utilizarían para que los automóviles penetraran dentro de la mansión.

De pronto algo chocó contra su pierna.

Inclinó la cabeza y vio una pelota de tenis a un par de metros del lugar donde se hallaba. Levantando la vista descubrió a la chica de los cabellos rojos recogidos en la nuca, que le observaba atentamente desde el césped.

Bruce la repasó de arriba abajo y todo lo que pudo ver resultó de su absoluto agrado. Un cuerpo angelical provisto de todas sus redondeces en los sitios adecuados, rematado por un bonito semblante un tanto picaresco.

Los ojos de la muchacha llamearon.

—¿Ha terminado ya de mirarme?

Bruce esbozó una sonrisa.

—Me conformo por ahora.

—Es usted un insolente —acusó ella encendidas las mejillas—. Soy Eva Garfield.

—Tanto gusto. Mi nombre es Bruce Jordán, para servirla.

Eva Garfield levantó la barbilla con gesto airado.

—Por mi parte no he tenido el menor gusto en conocerle, Jordán. Espero que sepa el lugar que le corresponde ocupar.

Una niña caprichosa y pagada de sí misma, pensó contrariado Jordán. Era una lástima que con el despampanante envoltorio exterior, la chica fuera un cardo lleno de púas.

Eva Garfield estaba ordenando imperativamente:

—Deme esa pelota.

Bruce se aproximó despacio a la pelota y cuando estuvo junto a ella le aplicó una patada, enviándola hacia la chica. Luego volvió sin prisa al sendero.

La hija de Anthony Garfield tenía los labios crispados.

—¿Nadie le enseñó educación, Jordán?

Los ojos del joven emitieron un fugaz destello.

—Hace tanto tiempo que lo olvidé, señorita Garfield —replicó en tono helado—. El trote de la vida, ¿sabe?

—Estoy harta de los matones que anda contratando mi padre. Prefiero el secuestro a seguir tratando con gente andrajosa y sin ninguna educación.

Dicho esto recogió la pelota del suelo y dio media vuelta, encaminándose a la pista de tenis. Estaba Bruce admirando el felino caminar femenino, cuando una voz le recriminó a su izquierda:

—Eso no me gustó, Jordán.

Bruce se volvió y vio a un tipo de unos cuarenta y cinco años que le miraba con hostilidad. Era fornido y su ancho cuello y achatadas facciones le conferían aspecto de luchador nato.

El joven adelantó los labios componiendo una mueca.

—Usted debe ser Bud Wallace, ¿no?

El sujeto asintió ceñudo y masculló:

—Y tú Bruce Jordán —replicó tuteándole despectivo—. Y repito que no me gustó lo que hiciste.

El joven tuvo que pensar afanosamente en los cincuenta dólares diarios que iba a recibir y de esa forma pudo contenerse y hablar con falsa ingenuidad a Wallace:

—¿Hice algo mal?

—Cuando la señorita Eva te pidió la pelota debiste recogerla del césped y entregársela en la mano, Jordán.

Bruce le aguantó la mirada.

—El señor Garfield no me habló de recoger pelotas, Wallace. Lo que tengo que recoger son tipos con mala baba, y lo haré cuando se presente la ocasión.

Bud Wallace ladeó la cabeza y cerró un ojo mirándole socarronamente con el otro.

—Eres un tipo respondón, ¿eh, Jordán?

—No me dejes pisar, Wallace.

—Ya. Y a lo mejor resulta que tampoco te caigo simpático.

—¿Vamos a presentarnos a un concurso de simpatía, Wallace? Ni tú ni yo nos llevaríamos el primer premio.

Wallace atirantó las facciones súbitamente.

—¿Quién te dio permiso para el tuteo, chico?

—Lo cogí del mismo sitio que tú, Wallace.

El fornido sujeto permaneció unos instantes silencioso y después pudo ver Jordán un destello de regocijo en sus pupilas. Plasmando una fría risa en sus labios, comentó mordaz:

—Palabra que me gustará que formes parte del grupo, Jordán. Así tendremos ocasión de conocernos a fondo.

Bruce volvió a pensar en los tentadores cincuenta dólares por día y sacudió la cabeza.

—Quisiera, a ser posible, paz y armonía, Wallace. Tú ordenas y yo obedezco porque lo dijo el señor Garfield. Si cumplo con mi obligación, nada tendrás que reprocharme.

—Eso será muy difícil, Jordán.

—¿El qué?

—Que obedezcas sin rechistar.

—Depende, Wallace. Si mandas que me tire de cabeza por una ventana, te quedas con las ganas.

—Me lo imaginaba.

—Ya lo estabas pensando, ¿eh, Wallace?

—No, chico. Lo único que deseo en estos momentos es que no te

rajes y decidas quedarte.

Bruce Jordán dio una lenta cabezada.

—Eso está hecho, Wallace. El salario no puede ser mejor.

Bud Wallace volvió a reír regocijado.

—No sabes el alegrón que me das, Jordán.

En esas palabras de Bud Wallace latía una evidente amenaza que no pasó desapercibida por Bruce. Después de una pausa adelantó el jefe de los guardaespaldas el mentón y señaló la vestimenta del joven.

—Tendrás que dejar la mugrienta ropa que vistes, Jordán. Ya te buscaré un atuendo apropiado después de que hayamos pasado por la cocina a llenar el buche.

—De acuerdo, Wallace. Me gustaría un atuendo deportivo porque tengo hábitos de *play-boy*. ¿Puede ser?

El brutal exteniente dio una cabezada.

—Descuida, hombre. —Y a continuación agregó irónico—: Más tarde te leeré la cartilla.

—Te lo puedes ahorrar, Wallace. La cartilla me la aprendí de memoria hace mucho tiempo.

Bud Wallace le puso una manaza en el hombro y le enseñó los dientes en torva sonrisa.

—Ésta es otra cartilla, chico.

Bruce Jordán tuvo la seguridad de que habrían problemas.

CAPÍTULO III

—Me sentía más a gusto con mi cazadora que dentro de este traje, Wallace.

—Oh, perdona, Jordán —se burló el exteniente de policía—. En seguida aviso al sastre para que venga a hacerte varios trajes a medida. Porque el señor Garfield es el pagano y desea que parezcamos gente civilizada aunque diste mucho de serlo, ¿sabes?

En la habitación donde se encontraban, perteneciente a los alojamientos de la servidumbre, había también un sujeto de oscuros cabellos y ojos hundidos al que Wallace presentó sin protocolos como Luke Clinton. Por su parte, Clinton ni siquiera se movió del sitio. Se limitó a dirigir una ojeada a Jordán.

En aquellos momentos, tumbado boca arriba en una de las camas, se llevó los dedos a la boca y bostezó:

—Te cae mono el traje, Jordán. No te quejes.

Bruce prefirió ignorarlo porque no deseaba empezar partiéndole la boca a nadie. En cambio Wallace le dirigió una dura mirada y, consultando el reloj, barbotó:

—Es hora de que te largues, ¿no, Luke?

—Falta casi una hora para que el señor Garfield abandone la oficina, Bud.

—Venga, Luke. Si no estás a la hora convenida a su lado ya puedes ir pensando en otro empleo.

Luke Clinton saltó de la cama y distendió los músculos perezosamente, estirándose.

—¿Para qué vigilamos, Bud?

—Lo sabes de sobra.

—Pero nunca ocurre nada.

—Mejor para nosotros, Luke.

Clinton dejó escapar un gruñido pasándose la mano por Ja barba y, al tiempo que se ponía la americana, comentó:

—A estos fulanos podridos de dinero parece que les estorben los billetes.

Wallace comenzó a dar muestras de impaciencia:

—El señor Garfield no saca de su bolsillo ni un centavo porque paga el departamento de Publicidad, Luke. Lárgate ya de una maldita vez, infiernos.

Clinton comprobó el buen funcionamiento de su pistola y devolviéndola a la funda sobaquera abandonó la habitación sin hacer ningún comentario más.

Al quedar solos le dijo Bruce a Wallace:

—Ya que estamos hablado de dinero... El señor Garfield dijo que me pagarías por adelantado.

Bud Wallace torció los labios.

—¿Todavía no has dado golpe y ya quieres cobrar?

—Cobrar por adelantado es eso precisamente, Wallace. Si trabajo antes no tiene gracia.

—Tienes salida para todo, ¿eh, Jordán?

El joven encogió los hombros.

—Procuro tenerlas a manos.

Bud Wallace inspiró con fuerza y alargó el índice extendido clavándolo en la clavícula de Bruce.

—No me gustas en absoluto, soldadito. El Vietnam quedó atrás y tienes que empezar a meterte en la cabeza que no me gustan los tipos que quieren hacerse pasar por graciosos. Tengo un método especial para esa clase de individuos.

Imperturbable el rostro, silabeó Jordán:

—Te puedes romper el dedo si no lo retiras de mi hombro, Wallace.

Hubo un tenso silencio entre ellos, en el que la mirada de ambos se cruzó con unabierto desafío latiendo en las pupilas. Finalmente retiró Wallace el dedo y masculló:

—Presiento que acabaremos mal, Jordán.

—Será porque tú quieres, Wallace. Yo he venido a vigilar espaldas y poner la mano cada día. No me importa quien me dé las órdenes, siempre que lo haga de forma correcta.

—Está bien, Jordán —resolló Wallace—. Ahora será mejor que no olvides lo que voy a decirte.

Hizo una pausa y, ante el silencio del joven, agregó:

—Aquí todos obedecen mis instrucciones sin rechistar. Cada cual tiene una misión asignada y al menor fallo que vislumbre me encargo de romperle las costillas al responsable. Si crees que no soy capaz de darte una paliza, sólo tienes que errar en algo que te ordene. Cuando salgas a la calle convertido en una piltrafa te habrás convencido de que llevo razón.

Broce dejó escapar una risita.

—Mejor que no lleguemos a eso, ¿eh, Wallace? —dijo sin impresionarse por las duras palabras del exteniente—. ¿Vas a pagarme ahora o qué?

—Todavía no terminé, Jordán. Puesto que eres el novato del grupo te toca la vigilancia nocturna durante una semana. Si una noche regresas cansado y con sueño, te lo aguantas... Aunque me gustaría cogerte durmiendo por ahí, la verdad.

—Eres un encanto, Wallace. ¿Me pagas ya?

—Aún queda otra cosa.

—No me digas.

—Si la señorita Eva, o la señora Garfield se quejan de tu comportamiento, ya puedes irte buscando un trabajo para lisiados. El lisiado serás tú, claro.

Jordán rió ácidamente.

—Pareces el brujo de una tribu de negros, Wallace. Pintas el futuro tan siniestro que dan ganas de salir corriendo.

La mirada de Bud Wallace se animó.

—¿Lo harás, Jordán?

—¿Haré... qué?

—Salir corriendo.

—Yo no soy un negro de la tribu y por lo tanto no me impresionan tus amenazas, Wallace. Sólo me iré si opinas que no sirvo para el trabajo. Pero antes tendrás que ponerme a prueba, ¿no?

Bud Wallace volvió a resollar y metió la mano en un bolsillo del pantalón sacando un rollo de billetes. Tendió varios al joven después de separarlos y éste los contó.

—Faltan cinco pavos, Wallace.

—Hay cuarenta y cinco.

—Por eso mismo. El señor Garfield me habló de cincuenta.

—Se olvidó decirte que me quedo con el diez por ciento del

salario de cada uno.

—¿A santo de qué? No me lo digas... Te crees un representante de comercio, ¿no?

Bud Wallace sacudió la cabeza, hosco.

—No hay explicaciones, Jordán. Cobrarás cuarenta y cinco diarios, y no se hable más del asunto.

Jordán movió la cabeza en sentido negativo.

—No estoy conforme, mi teniente. El truco puede servir con Clinton y el panocha Smith. Yo quiero mi salario completo porque soy capaz de gastarlo solito.

Wallace apretó los maxilares.

—¿Quieres sacarme de mis casillas, Jordán?

—Quiero mis cinco pavos.

—Acabo de decirte que el sueldo convenido es de cuarenta y cinco por día. Yo me encargo de contratar al personal...

—Me contrató el señor Garfield en persona, Wallace —le cortó terco Jordán—. Y dijo cincuenta por jornada. Todo lo que digas ahora no sirve de nada. Escupe los cinco pavos.

Bud Wallace tenía pálido de rabia el rostro y enseñó los puños cerrados a Jordán.

—Si persistes voy a partirte la cara, soldadito.

Bruce extendió la diestra, impasible.

—Mis cinco dólares, Wallace.

—Escucha, Jordán... —cambió de actitud el exteniente de policía—. El señor Garfield nos ha contratado para que cuidemos de ellos y no para pelear entre nosotros. Con mucho gusto te daría una paliza, pero tengo otras obligaciones ahora.

El joven siguió con la mano abierta.

—Vamos, Wallace, suelta los cinco pavos.

En eso sonó el teléfono dentro de la habitación y los dos hombres no escucharon los dos primeros timbrazos, embargados por la tensión que los dominaba.

Finalmente se dirigió a él Wallace y descolgó el auricular.

—Wallace.

Hubo una corta pausa y a continuación le escuchó decir cambiando por completo el tono de voz:

—Desde luego, señorita Eva. Jordán está aquí conmigo, pero si lo desea yo mismo...

Calló unos segundos Wallace y luego terminó:

—Como usted quiera, señorita Eva. Ahora le ordeno preparar el coche y le diré que las espere en la puerta.

Colgando el auricular le dijo a Bruce:

—Tienes trabajo, soldadito. La señorita Eva desea ir a una fiesta en compañía de su amiga Judy y quiere que tú vayas con ellas. Ni que decir tiene que debes cuidar de ellas mejor que a tu propia vida. Harás de chófer y guardaespaldas al mismo tiempo.

Bruce le miró fijo a los ojos.

—¿Qué hay de mis cinco dólares, Wallace?

El exteniente de policía extrajo la pistola en un arrebato de furia y apuntó a la cabeza del joven. Sus ojos despedían fuego cuando barbotó iracundo:

—Ya me tienes hartó, soldadito. Si crees que sigues en Vietnam y soy un inocente norvietnamita acabaré sacándote del error de un balazo en la cabeza. ¿Lo has entendido?

Bruce mostró las manos abiertas y sonrió gélido.

—Tú ganas por ahora, Wallace. Pero no se me olvida que el salario es de cincuenta diarios, y procura no descuidarte porque yo también tengo una pistola como la tuya. Hace un rato me la diste tú mismo.

CAPÍTULO IV

Las luces de neón se encendían a lo lejos.

La noche comenzaba a extender su manto de negras sombras sobre la ciudad de San Francisco, cuando el descapotable conducido por Bruce Jordán abandonó la mansión de los Garfield.

No había rodado todavía un kilómetro y escuchó Jordán el comentario sardónico de Eva Garfield a su espalda:

—Seguro que Jordán sólo ha conducido tanques en Vietnam, ¿no crees, Judy?

Judy Turner, la otra jugadora de tenis de aquella tarde, estaba sentada junto a Eva en la parte posterior y chasqueó la lengua, diciendo burlona:

—Este muchacho es demasiado apuesto para que andemos mortificándole, Eva. Para mi conduce muy bien, chica.

—Pues yo no opino lo mismo, Judy —insistió Eva Garfield—. Y en cuanto a lo de apuesto... He conocido a descargadores del puerto que valían más.

Bruce Jordán escuchaba con toda nitidez la conversación de las chicas relacionada con él. Ellas mismas se encargaban de hablar lo suficientemente alto para ser oídas. Sin embargo, prefería sonreír silenciosamente entre dientes sin apartar la vista de la húmeda calzada.

Las consideraba en su fuero interno dos niñas tontas.

—¿Y qué tienes que decir de lo bien que le cae el traje, Judy? —continuó irónica Eva Garfield—. Yo diría que se lo hizo un sastre extraordinario.

—Seguro que le costó un buen puñado de dólares, Eva.

Bruce las interrumpió para inquirir tranquilo:

—¿Adónde las llevo, señorita Eva?

—Señorita Garfield, patán —le corrigió vibrante la chica de los cabellos de fuego—. No lo olvides, Jordán.

El joven dio una lenta cabezada.

—No lo volveré a olvidar, señorita Garfield —rezongó—. Y usted tampoco olvide que mi nombre es Jordán y no patán. ¿Adónde tengo que llevarlas?

—Siga recto y ya le avisaré.

—Imposible —alegó despacio Jordán—. Si sigo recto acabamos en el fondo de la bahía.

—Me refiero a que no abandone la carretera, Jordán. ¿Siempre es así de flemático?

Bruce levantó los hombros.

—Sólo en ocasiones.

—¿Le gusta este trabajo?

—Me gustan los cincuenta dólares diarios, señorita Garfield.

La chica rió provocativa mirando a los ojos de Jordán por el espejo retrovisor.

—Ya puede llamarme señorita Eva, Jordán.

—De acuerdo, señorita Garfield.

Al hablar recalcó el apellido para que no dejaran de advertirlo las dos jóvenes. Judy Turner dejó escapar una risita queda y dijo a su amiga:

—Creo que Jordán es de los hombres que se consideran duros, Eva. Tendrás que andarte con cuidado.

—Los hombres nunca han sido un problema para mí, Judy —replicó un tanto áspera Eva Garfield—. Y un excombatiente de Vietnam sin ninguna educación no será la excepción.

Bruce Jordán volvió a desentenderse de ellas.

Mientras conducía suavemente el automóvil por la amplia avenida de entrada a la ciudad, pensó en los guardaespaldas contratados por el padre de Eva. Cualquier persona no dudaría en catalogarlos como gangsters de una simple ojeada.

Pero no dudó de que Anthony Garfield se habría cerciorado bien como hizo con él.

—Iremos al Whit People, Jordán —dijo de pronto Eva—. ¿Sabe dónde está?

—Desde luego, señorita Garfield.

—Pero antes hemos de pasar por casa de Judy.

—De acuerdo, señorita Garfield.

Eva compuso un mohín.

—Le dije que podía llamarme Eva, Jordán.

—Ya lo escuché, señorita Garfield.

Ella comentó algo enfurecida con su amiga Judy Turner, que el joven no pudo escuchar. No obstante tuvo la certeza de que se había referido a él.

Siguió conduciendo tranquilamente y minutos después llegaban frente al edificio de apartamentos cuyas señas le facilitó Judy. Jordán fue el primero en descender y abrió la portezuela trasera.

—Tendrá que esperar aquí mientras Judy se cambia de ropa, Jordán —dijo Eva Garfield—. En estos apartamentos tienen prohibida la entrada a los hombres.

Bruce asintió dando una cabezada.

—Usted se queda en el coche, ¿verdad, señorita Garfield?

La chica arrugó el ceño.

—Por supuesto que no.

—Entonces tendrán que cambiar las reglas en los apartamentos. No puedo cuidar de usted si se aleja de mí.

Eva Garfield apretó los labios y clavó en Jordán una indignada mirada diciendo airadamente:

—Oiga, Jordán... No soy un bebé que necesite niñera, ¿me ha comprendido bien?

Bruce levantó los hombros.

—Eso se lo tendrá que decir a su padre, señorita Garfield.

Los ojos de la chica brillaron inusitadamente.

—Vamos a subir solas, Jordán.

—Siento contradecirla, señorita Garfield suspiró el joven. —Seré mudo, ciego y una estatua, si todo se desarrolla con normalidad. Pero tengo que acompañarlas.

Eva Garfield se acordó de pronto del robusto portero de los apartamentos, un gigantesco exluchador de lucha libre. Dejó escapar una risita irónica y accedió:

—Muy bien, Jordán. Vamos.

Un energúmeno de gran corpachón y pequeños ojillos abandonó su sitio tras el mostrador de recepción y salió al encuentro de los tres. Centró su atención en Bruce y extendió una manaza cuyos dedos parecían cilindros de salami.

Sin darle tiempo a despegar los labios se le adelantó Bruce, inquiriendo incrédulo:

—¿Cómo lo hizo, amigo?

El grandullón le miró sin comprender.

—¿El qué?

—Salir de detrás de ese diminuto mostrador. Apuesto a que no es capaz de repetirlo.

—¿Que no...?

El hercúleo sujeto ya se dirigía al pequeño mostrador cuando de repente se detuvo en seco y pegó una dentellada al aire. Giró sobre los talones y clavó en el joven una mirada llena de hostilidad.

—Se cree un chistoso, ¿eh?

Bruce encogió los hombros y echó a andar.

—Usted se lo pierde, amigo. Estaba dispuesto a jugarle cinco pavos a que no podría repetirlo.

El individuo alargó la mano y la posó en el pecho de Bruce, frenándole sin remisión.

—¿Adónde supone que va?

Bruce se detuvo forzosamente y después de mirarlo de arriba abajo, calibrando sus escasas posibilidades, compuso una mueca displicente y señaló a Judy.

—Tengo que subir al apartamento de mi hermana Judy, amigo. Me ha asegurado que un ratón se pasea por allí en plan chuleta asustando a todas las féminas.

El tipo parpadeó asombrado.

—¿Un ratón...?

—Eso es. Vamos, chicas.

Bruce se desprendió de la manaza aprovechando el titubeo del grandullón y cogió del brazo a Judy, llevándosela consigo. Ya alcanzaban los ascensores cuando sintió que le llamaban:

—¡Eh, tío listo!

Bruce se giró observando que Eva se retiraba en aquel momento del mastodonte después de susurrarle unas palabras en voz baja. Apretó las mandíbulas maldiciendo interiormente a la chica y no tuvo otro remedio que enfrentarse a su suerte.

El energúmeno se le aproximaba bamboleante sin apartar los ojillos de su figura.

—Conque el hermano de la señorita Turner, ¿eh?

Bruce suspiró resignado.

—Como si lo fuera, Jim.

—No me llamo Jim. Ahora mismo das media vuelta y sales al galope por la acera.

—¿Por qué tengo que hacer eso, amigo? Deberías ser comprensivo y dejamos subir unos minutos.

El mastodonte apretó los puños y Bruce se estremeció al observar el tamaño que tenían.

—Te vas a ir en seguida —gruñó acercándose cada vez más a Jordán—. Has venido siguiendo a estas señoritas sin dejar de molestarlas, pero ahora has llegado al final del viaje. Conque largo antes de que me enfade y te deje el cuello como una guita retorcida.

Bruce dirigió una dura mirada a Eva Garfield y se enfureció aún más al observar en las pupilas femeninas un avieso brillo de diversión.

El gigante estaba ya muy cerca y dijo el joven:

—¿Sabes lo que me enseñaron en Vietnam, amigo?

El otro compuso una mueca despectiva.

—Mejor te lo callas porque puede ser un secreto militar.

—Pues me enseñaron que el que pega antes lo hace dos veces.

Y acto seguido metió Bruce la diestra al estómago del grandullón.

CAPÍTULO V

Ni se enteró.

O lo disimuló perfectamente el muy canalla.

Bruce sintió un calambrazo que le llegó al hombro y estuvo a punto de gritar pidiendo que un médico le enyesara el brazo inmediatamente. Estaba seguro de que el puño se le había quedado como un estropajo después de ser usado un par de meses por una robusta ama de casa.

Su primera intención fue la de seguir golpeando. Luego lo pensó con mejor criterio y decidió que necesitaba las manos para llevarse la cuchara a la boca.

Hizo un amago de lanzarse de cabeza sobre el grandullón.

Pero vio que el otro lo miraba con los ojillos brillando de alegría y pudo contenerse a tiempo. La desilusión se reflejó en el brutal rostro del celador y Bruce movió los brazos haciéndole un corte de manga.

Perdió un tiempo precioso y aquello le costó caro.

Porque de pronto lo alcanzó la manaza enemiga en el cuello.

Tuvo Bruce la impresión de que la cabeza se le separaba del tronco y volaba hacia el techo como un meteorito. Entretanto, él cruzaba el amplio vestíbulo que se le antojó diminuto a juzgar por el tiempo que empleó en cruzarlo. Se estrelló contra la pared del fondo y mentalmente agradeció al constructor que tuviera el buen gusto de acolcharla.

Una nube de algodón le cubrió la visión. Y a través de ella vio venir al energúmeno galopando.

—¡Ahí voy, sabihondo!

Bruce tuvo el convencimiento de que si se dejaba cazar, aquel tipo lo iba a convertir en picadillo. Rodó por el suelo todavía aturdido y pudo eludir la embestida.

Empezando a incorporarse vislumbró una risita irónica en los

labios de Eva Garfield, que lo miraba como el que mira a una cucaracha. También su amiga Judy sonreía y el joven apretó los maxilares encorajinado súbitamente.

Recordó los entrenamientos a que eran sometidos en Vietnam y de pronto se convirtió en un ciclón.

Sujetándose a unos apliques de la pared cuando el mastodonte ya se le aproximaba de nuevo rugiendo de alegría, contorsionó el cuerpo y haciendo un brusco esfuerzo lo puso en posición horizontal largando una doble patada.

El fulano frenó en seco por lo inesperado de la reacción de Bruce, y sobre todo por el tremendo golpetazo recibido en el centro del pecho. Abrió la boca llevando aire desesperadamente a los pulmones y perdida momentáneamente la noción de las cosas creyó encontrarse sobre un *ring*.

Dirigiéndose al hipotético rincón de sus cuidadores, gimió a duras penas:

—¡Tira la toalla, idiota, que me ahogo!

En vez de toalla, le tiró Bruce un puntapié a la espinilla.

El mastodonte soltó un aullido y se puso a bailar a la pata coja sosteniéndose la pierna dolorida con ambas manos. Adoptando toda clase de precauciones se le acercó Bruce.

Y le ayudó.

Le ayudó a volar tras martillearle tres veces consecutivas el abdomen y rematar la serie con un gancho terrorífico a la punta del mentón. El gigante fue dando vueltas por el vestíbulo hasta acabar estrellándose contra el pequeño mostrador.

Resollando se levantó y apoyó las manos planas en la superficie respirando entrecortadamente.

Bruce sintió un deseo imperioso de chuparse los doloridos nudillos, pero pensó que de ninguna manera podía dejar escapar aquella ocasión de decidir la pelea a su favor.

De dos zancadas llegó a la espalda del sujeto y comenzó a martillearle los flancos poniendo todas sus fuerzas en cada puñetazo que le pegaba.

Aquéel debía ser el punto flaco del energúmeno, puesto que se fue arrugando poco a poco y terminó de rodillas frente al mostrador resollando como una locomotora.

Entonces le pegó Bruce un rodillazo en la nuca y le incrustó la

cabeza en la plancha de madera.

El tipo quedó privado del conocimiento en grotesca postura y con la mole que tenía por cabeza oculta tras el mostrador por el boquete que él mismo había abierto con la frente.

Bruce se chupó los nudillos, jadeante, y giróse despacio hacia las dos asombradas muchachas.

—¿Subimos ya o tienen a otro guardián oculto por ahí? Lo digo porque al parecer estoy en vena y también podría darle una pasada.

Eva Garfield irguió la barbilla orgullosamente.

En las pupilas de Judy Turner observó el joven un sincero brillo de admiración.

Las dos se dirigieron a los ascensores sin formular el menor comentario, y Bruce fue tras ellas sonriendo silenciosamente.

En el momento en que el ascensor que cogieron se despegaba de la planta baja, un hombrecillo nervioso entró en el vestíbulo y, observando la extraña postura del recepcionista, preguntó furioso:

—¿Te importa decirme lo que buscas ahí, Morgan?

Eva, Judy y Bruce llegaron a la quinta planta.

Las dos chicas se encaminaron por el suelo de moqueta a la puerta del apartamento de Judy y después de que ésta abriese se giró Eva preguntando sardónica a Jordán:

—¿Le importa esperar aquí?

El joven denegó moviendo la cabeza.

—No me importa si usted se queda conmigo, señorita Garfield.

Ésta apretó los labios y dando media vuelta siguió a su amiga Judy al interior.

Ya en el *living* miró Bruce a su alrededor y se dijo que para habitar en un apartamento como aquél, Judy Turner debía andar bastante sobrada de vil metal.

Eva le estaba mirando al rostro y preguntó mordaz:

—¿Puedo ayudar a Judy a cambiarse de ropa o tiene que entrar usted en la habitación con nosotras, Jordán?

El joven emitió un gruñido.

—Puedo esperar aquí.

—Menos mal —comentó suspirando Judy—. Ya creía que tendría que desnudarme delante de usted, Jordán.

La hija de Anthony Garfield siguió irónica:

—¿Desea controlar el tiempo que permaneceré fuera de su vista,

Jordán? Calculo que serán diez minutos.

Bruce sacudió la cabeza.

—No hace falta. Esperaré aquí.

Judy sonrió señalando una mesa con bebidas sobre ella.

—Puede tomar lo que desee mientras espera, Jordán.

Bruce se disponía a dar las gracias, pero Eva se le adelantó exclamando recriminativamente:

—Jordán no puede beber, querida. ¿Acaso olvidas que en estos momentos se encuentra de servicio?

Bruce encogió los hombros displicente e intencionadamente se giró de espaldas dedicándose a la contemplación de un extraño lienzo cubierto de pinturas chillonas. Parecía pintado por un loco y el joven pensó que a lo mejor se trataba de una costosa obra de arte.

Escuchó que la puerta de la habitación era cerrada con cierta brusquedad. Se había quedado solo en el *living*.

Durante unos minutos se dedicó a recorrer la estancia de un lado a otro contemplando los raros objetos diseminados por ella. La gente de dinero debía poseer un gusto especial porque él no le encontró sentido a nada de lo que vio.

Lo único positivo eran las bebidas.

No tuvo en cuenta el comentario desdeñoso de Eva Garfield y se preparó un *whisky* con dos trozos de hielo. Después de mover el vaso se lo puso en los labios y bebió un sorbo.

La hija del millonario de los periódicos empezaba a resultarle cargante. A pesar de su bonita figura y de su rostro agradable, hacía todo lo posible por mostrarse caprichosa y mal educada con él. A no ser por los cincuenta dólares diarios, iba él a mostrarle unas cuantas cosas a la engreída niña de papá.

Consultó el reloj y comprobó que habían transcurrido cuatro minutos.

Siguió paseando por la estancia otros cinco minutos y comenzó a impacientarse. Se aproximó a la puerta de la habitación y no pudo escuchar ningún rumor procedente de dentro.

En aquel instante se abrió la puerta violentamente y Eva Garfield chasqueó la lengua.

—Eso es de mala educación, Jordán. Me temo que voy a pedirle a mi padre que lo sustituya.

Bruce inspiró con fuerza.

—Escuche, señorita Garfield...

—¿Piensa ofrecerme una disculpa? —le cortó ella—. Me gustaría escucharla de un hombre duro como usted, Jordán.

Bruce tenía tirantes las facciones.

—No la escucharé, señorita Garfield.

La chica arqueó las cejas.

—¿No? —hizo una pausa y después agregó despectiva—: De modo que prefiere el despido, ¿eh?

En eso intervino Judy tratando de poner calma:

—No hay para ponerse así, Eva, querida. ¿Qué tal si nos marchamos a divertirnos un rato?

Después de un silencio, accedió la hija del millonario:

—De acuerdo, Judy.

Y girándose a Bruce lo miró de arriba abajo.

—¿Vamos, ángel de la guarda?

Bruce oprimió rabioso los puños y durante unas décimas de segundo estuvo tentado a mandarlo todo al diablo y dar una lección a aquella niña consentida.

Cuando quiso reaccionar ya se dirigían ambas a la salida.

Las adelantó entonces en unas zancadas y se encargó de abrirles la puerta como medida preventiva.

Pero no le sirvió de nada.

Apenas cruzar el hueco sintió que todo el edificio se derrumbaba sobre su cabeza.

Lo último que llegó a percibir fue el suave roce de la moqueta en la mejilla.

CAPÍTULO VI

Abrió los ojos y todo lo vio borroso. Tuvo que apresurarse a cerrarlos porque el sol brillaba a escasos centímetros de su rostro y le cegaba por completo.

Una voz inquirió a su derecha:

—¿Vas entrando en juego, Jordán?

Le pareció reconocer a Bud Wallace como propietario de la voz, aunque no estuvo del todo seguro hasta que al abrir por tercera vez los ojos logró enfocar debidamente la visión y lo pudo ver ligeramente inclinado sobre él.

Bruce se hallaba echado en un sillón de bajo respaldo y Wallace tenía el rostro muy cerca del suyo. Tanto, que hasta podía oler su desagradable aliento.

Estaba en el apartamento de Judy Turner.

—¿Qué ha pasado? —pudo indagar finalmente Jordán haciendo un esfuerzo—. Las chicas...

Bud Wallace le interrumpió pegándola una suave palmadita en la mejilla.

—Tranquilo, soldadito —silabeó torvo—. Primero acabas de recuperarte y luego nos cuentas lo sucedido, ¿estamos?

Bruce intentó ponerse de pie, pero Wallace apoyó la mano en su hombro y le empujó atrás bruscamente.

—Quieto donde estás, soldadito.

El joven sufrió el mismo dolor que si cientos de alfileres se le hubiesen clavado en la nuca. Se dijo que todavía no estaba en condiciones de quitarse de encima al exteniente de policía.

Éste pareció adivinarle el pensamiento.

—Olvida lo que tienes en mente, soldadito —dijo sarcástico—. Te conviene echar un vistazo a la entrada.

Se ladeó ligeramente y permitió que Bruce viese al pelirrojo Jeff apoyado en el quicio de la puerta del *living*. Sostenía un pistolón en

la diestra y una amenazadora mirada en los ojos.

Wallace preguntó irónico:

—¿Qué supones que hará el bueno de Jeff si de pronto te decides a atacarme, soldadito?

Bruce se estaba recuperando por momentos. Todo aquello le resultaba muy extraño y respiró con fuerza dominando su primera intención. Procurando aparentar normalidad, indagó:

—¿Vas a decirme lo que ha ocurrido, Wallace?

—Tiene gracia —exclamó éste—. ¿Qué te parece el soldadito, Jeff?

El pelirrojo compuso una mueca.

—Es un tío chistoso.

—Precisamente estábamos esperando a que abrieras los ojos para que nos pusieras al corriente, chico —siguió diciendo Wallace—. ¿Dónde está la señorita Eva?

Bruce respingó y tuvo que hacer un esfuerzo para no saltar del sillón donde se encontraba.

—¿Qué infiernos estás diciendo, Wallace?

—Vamos, Jordán, no te hagas el tonto. ¿Cuántos amigos tienes en el asunto?

—¿Quieres decir que Eva Garfield ha desaparecido, Wallace? ¿Es eso lo que estás diciendo?

Bud Wallace torció los labios contrariado.

—Lo sabes de sobra, soldadito, conque no te hagas el tonto o nos vamos a enfadar de verdad. ¿Cuánto pensáis pedir de rescate por la muchacha, Jordán?

Bruce no pudo contenerse.

—¡Estás loco, Wallace!

El brutal exteniente de policía le aplicó un manotazo en la frente y el joven volvió a desplomarse en el sillón. Sacudió la cabeza para no perder el conocimiento porque aún se encontraba débil.

—La próxima vez te sacudo un mamporro, Jordán —advirtió frío Wallace—. Procura contener tus impulsos y todo irá sobre ruedas. Sólo deseamos que nos digas el paradero de la chica.

Bruce encogió los hombros malhumorado.

—¡Y yo qué sé!

—Vamos, vamos, soldadito —recriminó con falsa suavidad Wallace—. Te conviene colaborar, hombre.

Bruce llevó aire a sus pulmones.

—Eres un idiota. Wallace.

El otro ladeó la cabeza y cerró un ojo mirándole suspicazmente con el otro.

—Aclara eso, Jordán.

—Supón que yo he intervenido en el secuestro de la señorita Garfield. ¿Iba a ser tan tonto de esperar aquí vuestra llegada?

—A lo mejor creíste que te podía servir de coartada.

—¡Juro que os equivocáis, Wallace! —gritó Jordán—. En el momento de abrir la puerta recibí un fuerte golpe en la cabeza. Hasta aquel instante las chicas estaban perfectamente.

Hubo un silencio y Wallace cambió una mirada con Jeff Smith masajeándose el mentón.

Luego volvió a la carga:

—Si damos por bueno que nada tienes que ver con el secuestro sólo existe una explicación, Jordán.

—¿Cuál?

—Tus socios te traicionaron en el último minuto.

El joven procuró armarse de toda la paciencia que le fue posible.

—No tengo ningún socio, Wallace.

—¿Quieres darnos a entender que lo has hecho tú solito? Vamos, hombre, no nacimos ayer.

—Lo que quiero decir es que nada tengo que ver con el secuestro de la señorita Eva, Wallace. ¿No habéis pensado en la posibilidad de que en realidad no la hayan secuestrado? A lo mejor está por ahí divirtiéndose y aparece en cualquier instante.

Bud Wallace cambió una nueva mirada con el pelirrojo.

—El soldadito es un buen actor, ¿eh, Jeff?

—Seguro, Bud. Tiene gracia el sujeto, palabra.

—Oye, Wallace...

Pero el brutal Bud Wallace no le dejó concluir la frase.

Súbitamente le sujetó de la pechera y golpeó su rostro varias veces a derecha e izquierda. Bruce se sintió poseído de una rabia sorda que a duras penas pudo contener.

Apretó las mandíbulas impotente porque estaba viendo que Jeff Smith se le había aproximado y le apuntaba en el pecho con una pistola. En sus ojos pudo leer un firme deseo de matar.

Bud Wallace silabeó muy cerca de él:

—Nos gustaría que opusieras resistencia, Jordán, palabra. Sería fantástico.

Bruce le miró inexpresivo y se pasó el dorso de la mano por la comisura de la boca restañando el hilillo de sangre que brotaba de allí resbalando por su barbilla.

—Y así tener un motivo para balearme, ¿eh, Wallace?

—Exacto.

—Te vas a quedar con las ganas. Si queréis matarme tendrá que ser a sangre fría.

—¡Qué lástima! —se quejó Wallace—. Con lo a gusto que te alojaría el bueno de Jeff una bala en la tripa. Pero no pierdo la esperanza de que te encabrites, soldadito...

Y esta vez disparó Wallace el puño, que fue a estrellarse en plena boca del joven.

Bruce estuvo de nuevo a punto de perder el conocimiento. Su cabeza chocó violentamente contra el respaldo del sillón que, al ser blando, amortiguó el golpe. La boca se le llenó de sangre y Wallace se apartó para que pudiera escupirla.

—¿Qué tengo que hacer contigo para que demuestres que tienes agallas, soldadito?

Bruce se limpió la boca, cuyo labio inferior no dejaba de sangrar.

—Eres un cerdo, Wallace. En otras condiciones no te atreverías a golpearme.

Un nuevo puñetazo del exteniente de policía le volvió a arrojar contra el respaldo del sillón y en esta ocasión no pudo evitar Bruce perder la noción de cuanto le rodeaba.

Recuperó el conocimiento sin saber con exactitud el tiempo transcurrido desde que Wallace le golpeó canalllescamente. Lo primero que vio al abrir los ojos fue al pelirrojo Jeff Smith que continuaba apuntándole con un brillo inusitado en sus pupilas.

Aquel hombre deseaba ardientemente oprimir el gatillo.

Wallace paseaba por la estancia con un cigarrillo en los dedos y, al darse cuenta de que había recuperado el conocimiento, se aproximó otra vez al sillón.

—¿Cuánto tiempo nos vas a tener aquí, Jordán? Te advierto que no tengo mucha paciencia.

Bruce escupió sangre antes de hablar:

—¿Por qué no avisáis a la policía, Wallace? Si tan seguros estáis de que yo he participado en el secuestro de Eva Garfield, tenéis la obligación de avisarles.

Bud Wallace dio una lenta cabezada.

—Lo haremos a su tiempo, Jordán. Yo era el responsable de la seguridad de los miembros de la familia Garfield y no pienso presentarme ante el hombre que me contrató con las manos vacías. Vas a decirme lo que sabes, de una forma u otra.

Bruce dejó escapar un suspiro.

—Puedes creerme o no, Wallace —dijo, resignado—. Pero nada vas a sacarme con golpes porque nada puedo decir. Sólo que alguien me golpeó al salir del apartamento. Las chicas se hallaban...

De repente reparó Jordan en Judy Turner y preguntó a Wallace:

—¿Ha desaparecido, también, Judy Turner?

Bud Wallace lanzó una risotada.

—Conque sigues haciéndote el loco, ¿eh, Jordán?

—¿Qué tratas de decirme, Wallace?

—Lo vas a saber en seguida, tío listo. Así dejarás de fingir de una cochina vez.

Y acto seguido lo atrapó de un brazo tirando brutalmente de él. Bruce se dejó llevar dócilmente porque el pelirrojo Jeff seguía con la pistola sus movimientos.

Al llegar frente a la habitación donde se habían introducido las dos muchachas cuando llegaron a la vivienda en compañía de Jordán, Wallace le empujó violentamente al interior.

Bruce dio unos pasos dentro de la estancia y de pronto abrió los ojos desmesuradamente.

Sobre la cama se hallaba Judy Turner.

Había perdido todo su encanto porque una enorme herida bajo el seno izquierdo la empapaba de sangre casi todo el pecho y parte del cuello que colgaba al otro lado del lecho.

No hacían falta muchos conocimientos para saber que estaba muerta.

CAPÍTULO VII

Wallace inquirió tras él:

—¿Qué explicación darás ahora, Jordán?

Bruce se pasó la mano por el rostro súbitamente cubierto de frío sudor y no pudo decir nada durante unos segundos.

Por su mente pasó a velocidad vertiginosa otra escena similar a la que estaba presenciando. Un compañero incorporado al mismo tiempo que él apareció en una calleja de Saigón con el vientre abierto por los norvietnamitas.

Aquel día algo se rompió dentro de Bruce Jordán y tuvo la seguridad de que jamás volvería a ser el de antes. Se convirtió en un hombre de carácter áspero, duro como el granito...

Bud Wallace le había puesto una mano en el hombro, sacudiéndole.

—Habla de una cochina vez, soldadito.

Repentinamente se giró como una centella Bruce y disparó el puño derecho al pómulo de Wallace. Éste salió de la habitación sorprendido y cruzó la mitad del *living* antes de desplomarse estrepitosamente sobre la mesa de las bebidas.

Jeff Smith apareció en el hueco apuntando a la cabeza del joven.

Bruce le miró fríamente a los ojos.

—¡Dispara de una vez, cobarde!

Empezaba a crisar Jeff el dedo sobre el gatillo, cuando se incorporó Wallace gritando:

—¡Quieto, Jeff!

El pelirrojo siguió tenso unos instantes, con el dedo crispado sobre el gatillo y una mirada en las mortecinas pupilas.

—Nos ha dado el motivo que necesitábamos, Bud —alegó—. Déjame hacerle un agujero.

—¡Te he dicho que no dispares, Jeff! —le volvió a gritar Wallace viniendo junto a él—. No somos asesinos como Jordán.

Apartó al pelirrojo de un brusco empujón y se adelantó unos pasos hacia Bruce. Había desenfundado su propia pistola y encañonaba al joven mirándole con intenso odio.

—Vas a pudrirte en una asquerosa celda, Jordán —silabeó—. Juro que te pudrirás en ella.

Bruce comenzaba a serenarse.

—Llama a la policía, Wallace. Si no lo haces inmediatamente formulare una denuncia contra vosotros.

—¿Y qué?

—No tenéis ninguna autoridad sobre mí.

—Eso es lo que crees, ¿eh?

—Mi contrato con el señor Garfield es particular.

Bud Wallace estuvo unos instantes pensativo y después acabó moviendo la cabeza en sentido afirmativo.

—Está bien, Jordán. Llamaré a la policía.

—Eso está mejor.

Wallace dijo a Jeff Smith sin perder de vista al joven:

—Telefonea a la policía, Jeff.

—Pero, Bud...

—¡Obedece, maldita sea!

El pelirrojo se encaminó desganado al teléfono y empezó a discar el número.

Wallace hizo un ademán a Jordán.

—Dame la espalda, soldadito.

—¿Para golpearme la nuca con la culata?

—No. Sólo quiero atarte las manos a la espalda para que estemos tranquilos hasta que llegue la bofia.

Para dar mayor credulidad a sus palabras insertó el arma en la funda sobaquera y sacó una delgada cuerda del bolsillo de la americana. Jordán se giró confiado poniendo las manos a la espalda.

Deseaba la llegada de la policía cuanto antes.

Wallace se aproximó por su parte cauteloso al joven y cuando estuvo a su lado levantó traicioneramente la rodilla clavándola en los riñones de Bruce.

El joven se dobló violentamente hacia atrás y de sus labios brotó incontenible un gemido de dolor.

Luego rodó por el suelo y por tercera vez le abandonó el

conocimiento.

Cada vez había más gente a su alrededor.

Aquello parecía una feria y a él le estaba tocando el puesto de muñeco del pim, pam, pum. Se pasó la mano por la nuca y sintió un lacerante dolor de riñones.

El capitán Benson, de la infantería de marina de los Estados Unidos, se inclinó sobre él y preguntó afablemente:

—¿Qué tal te encuentras, Bruce?

El joven soltó un gruñido.

—No preguntes tonterías, Benson. ¿Te ha pillado alguna vez una apisonadora?

Le constaba que estaba tendido en un diván, pero ignoraba los motivos para que le hubieran colocado aquella faja que le oprimía el estómago y parte del torso.

Junto a Benson se hallaba un sujeto de gruesas cejas y rostro de duras facciones. Algo más alejados, se encontraban Anthony Garfield y Bud Wallace.

Benson señaló con un gesto al individuo de los cepillos por cejas.

—El inspector de la policía federal Sterling Woos, Bruce. Es el encargado del caso.

Jordán compuso una mueca.

—Perdone que no le alargue la mano, inspector. Temo que si la muevo se me caiga el brazo al suelo.

El inspector Woos asintió lentamente y fue explicando sin prisas:

—Un médico acaba de reconocerle, Jordan. Su estado es normal si dejamos a un lado las múltiples magulladuras. Tendrá que llevar ese vendaje en torno a los riñones varios días. Al parecer no existe fractura alguna y, por lo demás, puede realizar cuántos movimientos desee. El dolor que siente es pasajero.

Bruce masculló irónico:

—Me da un alegrón, inspector.

El federal no pareció prestar atención al sarcasmo del joven y siguió hablando con absoluta normalidad:

—¿Puede responder a mis preguntas, Jordán?

El joven esbozó una risita.

—Usted acaba de asegurar que estoy fenómeno, inspector.

—Me refiero a su cerebro, Jordán.

—Mente sana en cuerpo hecho cisco, inspector. Adelante, puede

lanzar sus saetas.

Sterling Woos cambió una mirada con el capitán Benson y se pasó la mano por el mentón, dubitativo. A continuación, inquirió:

—¿Por qué se resistió a ser detenido, Jordán?

Bruce no pudo evitar un respingo.

—¿Quién ha sido el bastardo que...? Quiero decir que no sé de dónde ha podido sacar esa información, señor.

—Bud Wallace le acusa de ofrecer resistencia cuando él y Jeff Smith quisieron llamar a la policía.

—¿Eso dice?

—En efecto. ¿Es cierto?

Bruce dirigió una aviesa mirada a Bud Wallace y éste se la mantuvo fríamente, con un claro desafío en las pupilas. Pero observó Jordán que arrugaba el ceño sorprendido al escucharle responder:

—Puede que tengan razón Wallace y Smith, inspector. La verdad es que deseaba que nosotros resolviéramos el asunto. No quería la intervención de la policía.

El federal achicó les ojos.

—¿Se da cuenta de las consecuencias que pueden traerle sus palabras, Jordán?

Anthony Garfield se adelantó entonces y aproximándose al diván miró suplicante a Bruce.

—Por favor, Jordán... Le ruego que no hagan daño a mi hija. Sería un tremendo golpe para nosotros. Su madre...

Bruce apretó los maxilares.

—Nada tengo que ver con el secuestro de su hija, señor Garfield. Le doy mi palabra.

Wallace también se adelantó, solicitando del federal:

—Déjeme unos minutos a solas con él, inspector. Le prometo que se lo pondré suave como un guante de seda.

Sterling Woos se giró mirándole duramente:

—No me gustan sus métodos, Wallace.

—Sin embargo son más eficaces que los suyos, inspector. Con tipos de la calaña de Jordán hay que tener mano dura.

El federal atirantó las facciones.

—Salga de aquí, Wallace —silabeó secamente—. Cuando necesite un verdugo, ya le avisaré.

—Pero, inspector...

—¡He dicho que salga del apartamento, Wallace!

Bud crispó los labios lívido de rabia. Después de mantenerse tenso unos instantes acabó girando sobre los talones y dirigiéndose hacia la salida a grandes zancadas.

Sterling Woos suavizó el tono de voz y dijo al presidente de la cadena de periódicos:

—Usted también debería regresar a su casa, señor Garfield. Es posible que los secuestradores traten de establecer contacto y en ese caso será mejor que se encuentre en su domicilio.

Anthony Garfield asintió lentamente, luego miró con intensidad a Bruce durante largos segundos. Acabó encaminándose a la salida igual que Wallace. Pero el millonario era la viva imagen del abatimiento, con la cabeza hundida entre los hombros.

Antes de que abandonara el apartamento le llamó Woos:

—Señor Garfield.

—Diga, inspector.

—En el caso de que se pongan en contacto con usted... No dude en llamarme. Nosotros somos profesionales y su hija tendrá mayores probabilidades de salir ilesa.

Garfield asintió moviendo despacio la cabeza y salió.

Al quedar solos miró Woos inquisitivamente a Jordán.

—¿Nos dirá ahora su versión de los hechos, Jordán?

—No tengo nada que decir, inspector.

Sterling Woos inspiró con fuerza aire y le apuntó con el índice extendido.

—Escuche, joven... Su amigo el capitán Benson asegura que usted es incapaz de involucrarse en la muerte de una mujer y el secuestro de otra. Yo deseo creerlo, pero usted me lo pone muy difícil. Debe colaborar en todo conmigo, ¿entiende?

Bruce dio una brusca cabezada e intervino Benson:

—No seas terco como de costumbre, Bruce. El inspector me ha dicho algunas evidencias que en principio prueban tu inocencia y por lo tanto no va a detenerte. Pero trata de comportarte correctamente o te arranco la cabeza de un trompazo.

El joven frunció el ceño.

—¿Qué se supone que debo hacer?

—Puede empezar por relatarnos detalladamente lo ocurrido —

sugirió Sterling Woos—. De esa forma podré relacionar los puntos de acuerdo o discrepancia con lo que han confesado Wallace y Smith.

Bruce se sentía incómodo tendido en el diván e intentó enderezarse. Le ayudó Benson y finalmente quedó sentado.

El federal apremió:

—Hable, Jordán.

Bruce dejó pasar unos instantes y después empezó a relatar lo ocurrido hablando parsimonioso. No ocultó nada, a excepción del mal trato recibido por parte de Bud Wallace. Al llegar a ese punto quiso saber el inspector:

—¿Por qué no dice que Bud Wallace se ensañó con usted, Jordán?

Bruce le sostuvo la mirada y respondió mordaz:

—Porque no lo hizo, inspector. Es cierto que no estábamos de acuerdo con lo que se debía hacer, pero Wallace no me golpeó en ningún momento. Lo que pasó es que tengo el día torpón y tropecé varias veces.

—¿Pegándose en los labios?

—Acabo de decirle que el mastodonte de recepción quería impedirme el paso y tuve que convencerlo. ¿Cree que no me dio mi parte?

Sterling Woos emitió un suspiro y giróse a Benson. Luego hizo un ademán al joven.

—Está bien, Jordán. Ya puede marcharse.

Bruce se le quedó mirando incrédulo.

—¿Cómo dice?

—¡Que se largue de una vez, infiernos! No está inválido y puede caminar perfectamente —hizo una breve pausa y concluyó—: Cuando encuentre problemas no acuda a verme.

Jordán se puso en pie lentamente y comprobó que podía tenerse derecho a pesar de la punzada de los riñones. Echó una fugaz ojeada al capitán Benson e indagó:

—¿Qué pinta un capitán de infantería de marina en esto?

Benson encogió los hombros.

—Tenso la desgracia de ser tu amigo, ¿no?

CAPÍTULO VIII

El Whit People era una sala de fiestas que permanecía abierta hasta la madrugada. Bruce penetró en ella y dirigiéndose a la barra comprobó que no existía diferencia con tantas otras repartidas por la ciudad. Discreta iluminación, mesas pequeñas, mujeres hermosas...

Desde que dejó en el apartamento al inspector Woos y a Benson no había dejado de darle vueltas al asunto. Durante largo rato caminó por las solitarias calles tratando de acomodarse a la especie de corsé que llevaba puesto.

Al principio caminaba un tanto inseguro, pero al ir entrando en calor se iba sintiendo mejor. Llegó a no sentir apenas dolor alguno, aunque el prieto vendaje le resultaba molesto.

Antes de encaminarse al Whit People se cercioró de que no era seguido por nadie.

Un barman con chaquetilla roja le estaba mirando inquisitivamente desde el otro lado de la barra.

—¿Qué será, amigo?

—*Whisky* con hielo. Doble.

—Okay.

Segundos después escanciaba el tipo *whisky* en un largo vaso conteniendo dos cubitos de hielo que previamente había puesto delante del joven. Ya se retiraba cuando alargó Bruce la mano y lo retuvo.

—Espere.

—¿Qué desea?

—Hacerle unas preguntas.

El barman arrugó la nariz.

—¿Es usted policía, amigo?

La música de fondo impedía que los escasos clientes pudieran escuchar lo que hablaban.

—Ni soy policía, ni soy su amigo —silabeó quedo Bruce—. Pero me responderá a unas preguntas.

El barman compuso una mueca escéptica.

—¿Está seguro..., amigo?

Bruce abrió intencionadamente un lado de la americana para que el fulano pudiese ver la culata de la pistola. Sólo él sabía que era inofensiva al carecer de cargador.

—Completamente —dijo volviendo a tapar el arma—. A menos que quiera un buen jaleo aquí.

El barman estaba pálido y dio una leve cabezada.

—Está bien —dijo tenso tras unos momentos de vacilación—. ¿Qué desea saber?

—Todo cuanto se relacione a Judy Turner.

—¿Judy Turner?

—Exacto. Y no me salgas con que no la conoces porque es cliente habitual de este local.

El individuo pareció pensarlo detenidamente.

—En estos momentos no consigo acordarme...

Bruce le cortó apretando más los dedos que aferraban el brazo del otro.

—Si intentas sacarme una propina por la información vas listo. Lo único que tengo para repartir son plomos.

El barman tragó saliva y tuvo el convencimiento de que se encontraba frente a uno de los muchos pistoleros que pululaban por la ciudad. Y no deseaba morir tan joven.

—Ahora recuerdo a Judy Turner —dijo pasándose la punta de la lengua por los labios resecos.

Bruce dejó escapar una risita.

—Lo sabía.

—¿Qué desea saber?

—¿Cuándo fue la última vez que la viste?

—Pues... hace tres noches. Eso es; el jueves exactamente.

—¿Estaba sola?

—Vino sola.

Bruce compuso una mueca de hastío.

—¿Tengo que sacarte las palabras con sacacorchos?

—No..., señor. Judy vino sola, pero poco después se le reunió el gitano y estuvieron juntos un par de horas.

Jordán frunció el entrecejo.

—¿El gitano?

—Bueno..., ignoro su nombre verdadero. Nosotros le llamamos el gitano por su aspecto.

—Descríbelo.

El barman empezó a hacerlo y, conforme hablaba. Bruce no pudo evitar que su mente volara a Luke Clinton. El de la chaquetilla roja estaba haciendo un perfecto retrato de él.

—Muy bien, muchacho —dijo satisfecho al concluir el barman—. De verdad que te has ganado una propina... No te asustes, hombre. Me estoy refiriendo a dinero.

En aquel instante notó Bruce que unos dedos le tocaban el hombro y una voz sonó a su espalda:

—¿Busca problemas?

Se giró sonriente y vio ante él a un sujeto fornido con cara de perro de presa.

—En absoluto.

—Está reteniendo a Steve y tiene que servir a otros clientes.

Bruce se tocó el lóbulo de la oreja derecha.

—Bueno..., ocurre que hacía mucho tiempo que no veía al bueno de Steve. Estuvimos juntos en Vietnam.

El perro de presa negó con la cabeza.

—Steve no estuvo nunca en Vietnam. Lo más lejos que ha llegado es a Las Vegas.

—¿Está seguro?

El matón del Whit People hinchó el pecho. No le gustaba ni poco ni mucho que un tipo como aquél quisiera tomarle el pelo y masculló:

—Termine su bebida y lárguese.

—¿Cómo ha dicho?

—Que no quiero verle por aquí. No me gusta su cara.

—¿Se ha mirado en un espejo?

Otro grandullón parecido al primero se acercó también a ellos.

—¿Qué ocurre, Ryan?

El primero de los matones, Ryan, informó hosco:

—Aquí tenemos a un trasnochador chistoso y curiosón, Wendell.

El llamado Wendell dio otro paso y se plantó delante de Bruce.

—¿Qué pasa contigo, tío?

El joven los miró a ambos especulativamente. No se encontraba en condiciones de entablar una discusión con ellos y levantó los hombros, indiferente.

—Nada, hombre. Si estorbo, pago y me voy.

—¿Así de sencillo?

—No querrás plantear ahora un problema matemático, ¿eh?

Antes de que Wendell y Ryan pudieran seguir hablando sacó Bruce del bolsillo un billete de cinco dólares y lo echó sobre el mostrador. Después empezó a caminar hacia la salida.

De soslayo observó que ambos matones cambiaban unas palabras con el barman y en seguida se despegaban del mostrador siguiéndole hacia la salida.

Aceleró el paso y estuvo a punto de volcar una de las pequeñas mesas sobre una pareja. Pidió disculpas rápidamente y continuó avergonzado en su interior por la huida.

Al llegar a la puerta le quiso cerrar el paso un portero uniformado obedeciendo una señal de los dos matones.

Bruce se abrió la chaqueta enseñando la pistola y masculló:

—Policía.

El tipo se hizo a un lado sorprendido y Bruce aprovechó la ocasión para deslizarse a la calle.

Wendell y Ryan habían acelerado también el paso una vez dejaron atrás el salón principal y girando la cabeza descubrió Bruce que tan sólo se encontraban a tres o cuatro metros de distancia.

El primero levantó una mano.

—Quieto ahí, tío.

Bruce comprendió que sería inútil intentar la huida y no tuvo otro remedio que detenerse y aguardarlos.

Ambos matones llegaron a su lado y el llamado Wendell paseó una ceñuda mirada por toda su figura.

—Nosotros podemos darte toda clase de información, tío —dijo sardónico—. Sólo tienes que preguntar.

—No quiero saber nada.

—¿Por qué te interesan los pasos de Judy Turner? —preguntó Ryan—. No nos gusta que nadie investigue a nuestros clientes.

Bruce se hizo el tonto.

—¿Quién estaba investigando?

Ryan adelantó los labios, riendo fríamente.

—Steve nos ha contado que deseabas saber todo lo posible sobre Judy Turner. Puedes seguir preguntándonos a nosotros. Y te vamos a responder, aunque no nos enseñes la pistola.

El joven comprendió que no tenía escapatoria posible. Aquellos matones estaban dispuestos a darle una paliza y él no se encontraba en forma para defenderse adecuadamente.

En aquel momento se abrió la puerta del Whit People y salió una joven de largos cabellos oscuros y esbelta figura. Los dos matones se contuvieron mientras la chica se introducía en un pequeño bólido estacionado frente al local.

Ya estaba rugiendo el motor del deportivo cuando Bruce se plantó de dos zancadas junto al coche sorprendiendo a Wendell y Ryan, sin darles tiempo a reaccionar.

Abrió la portezuela y, colocándose dentro del vehículo, dijo con desparpajo a la morena:

—Pisa el gas que esto quema, nena.

La joven ladeó la cabeza, sorprendida.

—¿Qué quiere usted?

—Que salgas pitando de aquí lo antes posible, nena. Tú no me odias, ¿verdad? Pues pisa ya el pedal del gas o me convertirán en un amasijo de huesos rotos. ¡Vamos!

La morena pisó el gas y el pequeño bólido saltó hacia adelante.

Por el espejo posterior vio Bruce que Wendell y Ryan apretaban rabiosos los puños.

CAPÍTULO IX

La morena disminuyó la velocidad tan pronto hubieron doblado la primera esquina. Ladeó el rostro mirando el perfil de Bruce.

—¿Vas a decirme ahora lo que ocurre?

—Aquellos tipos me querían zurrar.

—¿Por qué?

—Es una larga historia, nena.

Ella atirantó las facciones.

—Llámame Margaret. Tengo ya los cuarenta y tres cumplidos.

Bruce silbó entre dientes, contemplándola admirativo.

—Pues cualquiera lo diría, Margaret.

—Los halagos resbalan sobre mi piel...

—Bruce.

—Cuando quiero hacer una conquista echo mis propias redes, Bruce.

—Ya —asintió el joven—. Una mujer moderna, ¿eh, Margaret?

—Práctica. Bruce. ¿Vas a decirme por qué te querían pegar Wendell y Ryan?

Bruce se giró en el asiento mirándola interesado.

—¿Los conoces?

—Naturalmente —respondió con sencillez ella mirando al frente—. Soy la propietaria del club y ellos trabajan para mí.

Bruce Jordán respingó estupefacto y durante largos segundos no supo qué decir.

—Eso no significa que apruebe los métodos que utilizan —agregó Margaret—. Pero son necesarios en un negocio de esa índole.

Bruce dio una cabezada.

—Comprendo.

—¿Por qué emprendiste la fuga, Bruce? —quiso saber de pronto la mujer—. No pareces la clase de hombre que se arruga ante una

situación difícil.

—Aquí donde me ves llevo puesta una faja, Margaret.

—¿Para perder barriga?

—Para que los riñones no se me caigan al suelo. Un bestia se entretuvo en pegarme rodillazos cuando no me podía defender. Me lo echaré en cara y tendrá que usar faja, escayola y cabestrillo.

Hubo un breve silencio y dijo la dueña del club:

—¿No quieres contarme lo sucedido, Bruce?

—No me fío, Margaret.

—¿Te parezco una clásica vampiresa del cine añejo?

—Me pareces una hembra despampanante, Margaret. Y conste que no tiendo las redes para que pases por la piedra. Si no tuvieras a esos gorilas a tu servicio...

—Ya te he dicho que son necesarios.

—De acuerdo —suspiró Bruce—. Lo único que hice en tu local fue recabar información sobre Judy Turner.

Margaret arrugó el ceño y ladeó la cabeza lanzando una fugaz mirada a Bruce.

—¿Tienes algo que ver con Judy?

—¿La conoces?

—Desde luego. Y te aconsejo que si tienes algún lío con Judy lo dejes inmediatamente.

—¿Por qué?

—No es lo que aparenta.

—¿Qué es entonces, Margaret?

—Una mala pájara, Bruce. Tiene amigos que no dudarían en tirarte a la bahía con una piedra atada al cuello.

Bruce Jordán levantó los hombros dejando escapar un suspiro.

—Que Dios la haya perdonado.

Margaret se quedó unos instantes estupefacta.

—¿Qué estás diciendo, Bruce?

—Que Judy Turner ha sido liquidada hace unas horas. Ya no tiene amigos ni malos instintos, sólo una tumba por delante. Y yo también la tendré si no pongo en claro un feo asunto.

En esta ocasión el silencio entre ellos se prolongó un buen rato. Margaret conducía con destreza y Bruce la contempló admirativamente una vez más. Poseía un cuerpo extraordinario y la falda con abertura lateral dejaba al descubierto una pierna que nada

tenía que envidiar a la de una jovencita.

Ella se percató del examen y rompió el silencio:

—¿Puedo ayudarte en algo, Bruce?

—¿Por qué, Margaret?

Ella forzó una sonrisa.

—A lo mejor estoy tendiendo mis redes, Bruce.

El joven tardó unos instantes en volver a hablar:

—Estoy hecho cisco, Margaret. Necesito descansar y sería mal compañero de cama esta noche.

—¿Hacemos la prueba?

Como viera que Bruce titubeaba, añadió Margaret:

—Podrás descansar en un blando lecho y tras una puerta que se cierra por dentro, Bruce.

El joven dio una lenta cabezada de conformidad.

—Llévame al paraíso, Margaret.

Bruce Jordán permaneció más de diez minutos bajo el chorro de agua tibia de la ducha. Luego accionó los grifos hasta hacerla caer fría y estuvo otros dos minutos bajo el agua.

Saltando fuera se frotó vigorosamente el cuerpo con la toalla y enrollándola en torno a la cintura abandonó el cuarto de baño.

En la cocina le esperaba Margaret revistiendo sobre su escultural cuerpo desnudo una fina bata transparente. Bruce aspiró con deleite el olorillo agradable de huevos revueltos con jamón.

Ella levantó la cabeza al entrar él.

—¿Has descansado bien, querido?

—Fenómeno, Margaret.

—Pensé que te apetecería un buen desayuno.

—Eres adivina además de una mujer completa, Margaret. Sabes tratar a un hombre.

Ella rió alegre.

—Tengo experiencia.

Ambos tomaron asiento y empezaron a devorar lo preparado por Margaret acompañando la comida con sendos vasos de leche fría.

Súbitamente preguntó Bruce:

—¿Qué puedes decirme de Eva Garfield, Margaret?

La dueña del Whit People sostuvo en el aire un trozo de jamón y lo miró un tanto sorprendida. Reponiéndose inquirió a su vez:

—¿Por qué te interesa Eva Garfield, Bruce?

—Digamos que por la amistad que la unía a Judy Turner. Eva Garfield también es clienta de tu local, ¿no?

—Ha venido alguna vez —contestó evasivamente Margaret—. Siempre la acompañó Judy.

—Vamos, Margaret —sonrió el joven—. Anoche te ofreciste a ayudarme en lo que fuera, ¿no?

Margaret dejó de lado el desayuno y miró fijamente a Bruce.

—Eva Garfield parece una buena chica aunque no la conozco lo suficiente para emitir un juicio sobre ella. Quizá tenga un carácter algo caprichoso, engreído... Pero eso no deja de ser natural dado que es hija única y nació en buena cuna.

—¿Era muy amiga de Judy?

—No me lo pareció las veces que la vi, Bruce. Parecía que... no se encontraba a gusto en mi club. No, no creo que existiera una gran amistad entre ellas.

—Comprendo.

—¿También ha muerto Eva Garfield, Bruce?

El joven encogió los hombros.

—No lo sé, Margaret. Espero que no.

Margaret siguió mirándolo fijamente al rostro.

—¿Por qué no me lo explicas todo, Bruce? Tengo la desagradable impresión de que te hayas envuelto en un gran lío.

—No lo sabes tú bien.

—¿Y no puedo ayudar yo?

Bruce alargó la diestra y palmeó la mano femenina.

—Ya has hecho bastante, Margaret, y te estoy agradecido. Ahora es mejor que me vaya y no siga comprometiéndote. Es un asunto grave que te puede acarrear problemas.

—No me importan los problemas, Bruce. Mi vida es anodina, falta de emociones.

Bruce se levantó dirigiéndose al dormitorio.

—Ésa es la clase de vida que todo el mundo desea, Margaret.

—¡Bruce...!

El joven no se giró.

Siguió caminando hasta el dormitorio y allí fue vistiéndose mientras le daba vuelta en la mente a lo próximo que convenía hacer para encontrar a Eva Garfield.

Porque estaba decidido a encontrarla.

Ya vestido abandonó la habitación y Margaret lo estaba esperando en el *living*.

—Bruce...

—Dime, Margaret.

—¿Nos... volveremos a ver?

El joven sonrió levemente.

—No debemos perder la esperanza, Margaret.

—Ésa no es una respuesta, querido. Puedo esperarte esta noche si no tienes donde dormir. Aquí estarás seguro.

Bruce fue a su lado y la besó en los labios.

—Lo tendré en cuenta, Margaret. Aunque desde luego no esperes que vaya al club a buscarte.

Ella tenía algo en la mano y lo dejó caer en el bolsillo de la chaqueta de él.

—Es la llave de este apartamento... No, no la rechaces, Bruce. Puedes regresar esta noche o tirarla a una alcantarilla.

El volvió a besarla en los labios.

—Te prometo que lo pensaré, Margaret.

CAPÍTULO X

Luke Clinton se hallaba de guardia en la entrada principal de la mansión de los Garfield. Escuchó un ruido procedente de la verja y fue a echar un vistazo.

No pudo ver a nadie por allí ni descubrió nada anormal. Encogió los hombros girándose de espaldas y entonces llegó a sus oídos una queda llamada:

—¡Eh, Clinton!

Se volvió como una centella y parpadeó asombrado.

Desde el otro lado de los barrotes de hierro forjado lo apuntaba Bruce Jordán con la pistola que el día anterior le entregara Wallace con la correspondiente licencia.

—Nada personal tengo contra ti, Clinton —habló suave Jordán—. De modo que pórtate como un buen chico y abre la verja. No quisiera disparar, pero no dudaré en hacerlo si me obligas.

Una vez repuesto de la primera sorpresa, observó Luke Clinton la pistola empuñada por Jordán y torció los labios.

—Ya puedes disparar, Jordán.

—Eres un valiente, ¿eh?

—No, Jordán, no soy un valiente —explicó seguro de sí mismo Clinton—. Lo que sucede es que esa pistola está descargada.

Después de sus palabras dejó escapar una risita y aproximó con deliberada lentitud la diestra a la funda de la axila. Pero entonces apareció en la otra mano de Jordán un revólver del 38.

Y en sus labios se plasmó una siniestra sonrisa.

—¿Qué me dices de este revólver, Clinton? ¿Quieres comprobar si está cargado?

Luke Clinton se había puesto pálido como un muerto.

Bruce movió el arma que la noche anterior le prestara Margaret haciendo una indicación al guardaespaldas.

—Vamos, Clinton. Dispones de cinco segundos para abrir la

verja.

—Estás loco si entras aquí, Jordán.

—¿Quién ha dicho que vaya a entrar? —se burló Bruce viendo que Clinton comenzaba a obedecer—. Lo que quiero es que vengas conmigo a dar una vuelta.

Luke Clinton levantó la cabeza sorprendido pero terminó de abrir la verja sin decir nada. Una vez en el exterior lo obligó Bruce a apoyar las manos planas sobre el muro y lo desarmó.

Luego señaló hacia un coche situado a unos veinte metros de la entrada.

—Aquel coche nos aguarda, Clinton. Echa a andar.

—¿Adónde vamos?

—Tú me lo dirás luego, Clinton. Vamos.

Hicieron en silencio el recorrido y cuando llegaron junto al vehículo señaló Bruce el asiento delantero.

—Tú conduces, Clinton. Pero yo estaré detrás de ti y si intentas una estratagema te vuelo los sesos.

Ambos hombres se introdujeron en el auto y Luke Clinton arrancó conduciendo con suavidad. Bruce dio una cabezada de conformidad.

—Sigue así y no ocurrirá nada desagradable para ti, Clinton. De verdad que lo sentiría después del favor que me has hecho despejando una de mis dudas.

El guardaespaldas guardó silencio y explicó Jordán:

—Cuando me dejaron salir del apartamento de Judy comprobé que seguía teniendo la pistola, pero faltaba el peine. Pensé que era obra del inspector Woos aunque lo encontraba extraño ya que él no hubiera hecho una canallada como ésa. Me hubiese quitado el arma completa y quizá me la dejó por mi amistad con Benson. Hace unos momentos me has confirmado lo que ya sospechaba. Fueron los miserables Wallace y Smith los que se entretuvieron en quitar las balas y volver a dejar la pistola en la funda.

Hubo un silencio y preguntó hosco Clinton:

—¿Adónde vamos, Jordán?

—Tú conduces, Clinton. Deseo que me lleves al lugar donde tenéis a Eva Garfield.

Luke Clinton respingó y sus manos se crisparon en el volante.

—¿Cómo dices?

Bruce chasqueó la lengua fastidiado.

—No me hagas gastar saliva tontamente, hombre. Me has escuchado a la primera.

Clinton emitió un gruñido.

—Has perdido la cabeza, ¿eh, Jordán? Nosotros somos los encargados de velar por la seguridad...

Bruce disparó la mano armada y el cañón del revólver contactó violentamente contra el cuello del conductor. Clinton aulló de dolor y después protestó indignado:

—¡Estás chiflado, Jordán! Si haces que pierda el conocimiento nos pegamos la torta.

—Ya procurarás conservarlo por la cuenta que te nene, Clinton

—aseguró tranquilo el joven—. ¿Vas a llevarme ahora con Eva Garfield o sigo dándote toques?

—¡Maldita sea, Jordán...! No sé de qué me hablas.

Bruce volvió a golpearlo con el cañón detrás de la reja y Clinton gritó de dolor. El coche dio un bandazo al enturbiarse unas décimas de segundo la visión del conductor.

—¡Te has vuelto loco, Jordán! —siguió diciendo airadamente Clinton—. ¿No ves que nos podemos salir de la carretera? Si me vuelves a pegar freno en seco.

Bruce apoyó la boca del cañón en la nuca del guardaespaldas y advirtió gélido:

—Hazlo y tus sesos salen por el parabrisas, Clinton. Si no me crees capaz de volarte la cabeza sólo tienes que hacer la prueba. Me endurecí matando a norvietnamitas, ¿sabes?

Luke Clinton se estremeció porque tuvo la plena certeza de que aquel loco era capaz de llevar a cabo su amenaza.

Bruce preguntó:

—¿Te decides a llevarme con Eva Garfield o tendré que seguir pegándote? Cada vez lo haré con más fuerza.

Clinton soltó un resoplido.

—Ya te he dicho...

Un nuevo golpetazo de Jordán le hizo chocar la frente contra el volante y el auto volvió a bandear.

Luke Clinton notó que nubes de algodón le cubrían los ojos y se apresuró a mover la cabeza en sentido afirmativo.

—Está bien, está bien. Deja ya de pegar, maldito.

—¿Vas a llevarme con Eva?

El guardaespaldas masculló una maldición entre dientes y acabó accediendo:

—De acuerdo, Jordán. Te llevaré a dónde la tenemos.

Bruce sonrió suave.

—Tenía la corazonada de que al final serías comprensivo.

Pero en la mente de Clinton había una esperanza de tomarse la revancha sin que pasara mucho tiempo. Eva Garfield no estaba sola y Jordán iba a llevarse una sorpresa.

En la pequeña casa rústica situada en las afueras de San Francisco, cerca de la antigua carretera de Fresno, Eric Brook bebió un largo trago de cerveza directamente de la lata. Luego dejó escapar una soez risotada mirando a Eva Garfield echada en un sillón.

—Lástima que no podamos divertirnos un rato, encanto.

En los ojos de la chica hubo un brillo homicida.

—¡Cerdo...!

—Opinas eso porque no me conoces a fondo, encanto —siguió Brook— sin inmutarse. —Cuando le hayamos sacado un buen pellizco al dinero de tu papá quizá pueda demostrártelo.

Eva apretó los labios y prefirió no responder.

Eric Brook se encontraba junto a una de las ventanas y de pronto se enderezó arrugando el ceño. Por el sendero subían dos hombres y en uno de ellos reconoció a su compinche Clinton.

Delante de él caminaba Bruce Jordán, al que Luke Clinton encañonaba con una pistola.

Brook se encaminó a la puerta y la abrió sin recelos.

—¿Qué ocurre, Luke?

—Eso me gustaría saber, Eric —masculló tenso Clinton—. Este fulano andaba rondando y ni siquiera te diste cuenta. Si Bud llega a enterarse de la cargas.

Eric Brook miró atentamente a su compañero.

—¿Qué te sucede, Luke? Te encuentro muy pálido. Es como si estuvieras enfermo, chico.

Bruce Jordán empezó a moverse con rapidez.

Empujó violentamente a Clinton y sacando el revólver insertado entre su camisa y pantalón con gran celeridad apuntó con él al estupefacto Eric Brook.

Sonriéndole, siniestro, invitó:

—Anda, Eric, intenta sacar tu pistola.

Brook seguía atónito y después de unos instantes desvió la mirada a Clinton que aún en el suelo continuaba empuñando la pistola con la que encañonaba a Jordán.

—¿A qué esperas para hacer fuego, Clinton? ¿O es que acaso te has pasado al bando...?

—Esta pistola está descargada, Eric —barbotó colérico Luke Clinton poniéndose en pie—. Jordán se olió que algo no saldría bien para él y preparó la farsa.

Los ojos de Eric Brook brillaron de odio.

—Eres un imbécil, Clinton.

—Tuve que hacerlo, Eric. Jordán estaba dispuesto a liquidarme.

Broce los cortó haciendo un ademán.

—Basta de cháchara, compadres. Has representado el papel como un actor consumado, Clinton. En cuanto a ti, Eric..., sujeta la culata de tu pistola con dos dedos y déjala caer al suelo. No tengo que advertirte que al menor movimiento extraño te hago un relleno de plomo, ¿eh?

Eric Brook obedeció rechinando los dientes.

A continuación les señaló Bruce un rincón de la sala.

—Poneros allí y aguardad como dos buenos chicos. Soy un tirador mediano pero a esta distancia seguro que no fallo. El que tenga ganas de morir ya sabe lo que tiene que hacer.

Cuando los dos tipos estuvieron en el rincón indicado por Bruce, miró el joven a la chica.

—¿Qué tal, Eva?

Ella levantó la barbilla altivamente.

—El rescatarme no le da derecho a llamarme por mi nombre de pila, Jordán. No olvide que trabaja para mi padre.

CAPÍTULO XI

Bruce curvó los labios en ácida sonrisa.

—Ya no, niña.

Eva Garfield arqueó las cejas.

—¿Quiere decir que... también está con estos miserables?

—Quiero decir que ahora sólo trabajo para Bruce Jordán, nena. No tengo ninguna obligación de tratarte con deferencia... a menos que te la ganes a pulso.

La chica apretó los labios furiosa.

—No quiero seguir discutiendo contigo, Bruce Jordán.

El joven levantó los hombros risueño.

—Lo que tú quieras o no me tiene sin cuidado, niña caprichosa y mal educada. En cuanto tenga tiempo voy a encargarme de darte unas cuantas lecciones que necesitas.

Eva se puso roja de ira y las palabras se le atropellaron en la garganta.

—¿Tú..., tú vas a darme lecciones?

—Eso es, niña.

—¡Antes prefiero la muerte!

—¿Como tu amiga Judy?

Eva Garfield perdió el color del rostro súbitamente. Sus ojos se agrandaron y Bruce temió que llegara a desmayarse. Con un hilo de voz apenas audible, musitó:

—¿Judy... Judy ha muerto?

—En efecto —replicó brusco Jordán—. Estorbaba a esta gentuza y la eliminaron.

Luke Clinton levantó una mano protestando:

—Jordán, no tiene derecho a acusarnos de...

—¡A callar, gitano! —lo cortó secamente Bruce—. Será la policía quien se encargue de averiguar cuál de los cuatro la mató. No soy yo el que se tiene que romper los cascos. Pero lo cierto es que la

chica estaba conchabada con vosotros y por algún motivo os estorbó.

Clinton crispó los labios quedando en silencio.

Bruce observó que Eva Garfield se encontraba profundamente afectada por la noticia. Se hallaba sentada en el sillón bastante aturrida y aprovechó la ocasión para aproximarse a los dos granujas.

Hizo un ademán a Clinton con el revólver.

—Rasga esa cortina en tiras anchas y liga fuerte a tu compañero Eric, gitano.

Brook achicó los ojos.

—¿Qué pretendes, Jordán?

—Lo sabrás a su tiempo. ¿A qué esperas, Clinton?

Luke Clinton se apresuró a hacer lo que le ordenara Bruce y cuando estaba atando las manos a la espalda de su compinche Brook, advirtió Jordán:

—Déjalo a medio atar y te llevarás una sorpresa, gitano. Así, ahora empújale para que caiga al suelo y sujétale las manos a los tobillos. Que no se pueda mover.

Eric Brook dejó escapar una maldición cuando fue empujado al suelo por Clinton y lo insultó soezmente. Pero poco después quedó tendido sin posibilidad de moverse.

Bruce comprobó que Clinton había trabajado a conciencia y a continuación lo empujó hacia el teléfono que descansaba sobre una mesa ratona en el ángulo opuesto de la sala.

—Ahora llama a Wallace, gitano.

Luke Clinton respingó sobresaltado.

—¿A Wallace...?

—Eso es —cabeceó el joven—. Dile que Eva está muy enferma y necesita que la vea un médico urgentemente. Que tiene mucha fiebre y hasta le puedes decir que delira.

—No se lo creerá.

—Vamos, inténtalo. Le dices que Eric te llamó a ti y te llegaste a comprobarlo y es verdad.

Luke Clinton emitió un gruñido.

—Bud no caerá en la trampa.

—Ya lo veremos. Anda, coge el teléfono.

Clinton obedeció y entonces amartilló Bruce el revólver

aproximándolo a su sien antes de que comenzara a discar.

—Una palabra de más y te entra el dolor de cabeza, ¿estamos, Luke?

Clinton no dijo nada.

Estableció contacto con Bud Wallace y le comunicó exactamente lo ordenado por Bruce. Fue una corta conversación en la que el joven no advirtió ninguna anormalidad.

Al colgar el auricular, dijo Clinton:

—Bud vendrá en seguida.

—Muy bien, gitano. Eso quiere decir que si sale ahora mismo tardará de cuarenta a cincuenta minutos en llegar. Tengo tiempo sobrado. Anda, échate de bruces para que te convierta en una salchicha como a tu amigo Eric.

Luke Clinton era ya un hombre totalmente vencido y no ofreció la menor resistencia. Unos minutos más tarde quedaba ligado en las mismas condiciones que Brook.

Entonces se aproximó Bruce a Eva Garfield.

—¿Te has recuperado ya, niña?

Ella levantó la cabeza y lo miró fijamente a los ojos.

—¿Es verdad que Judy ha muerto?

—Completamente. Andaba por mal camino y se puede decir que casi encontró lo que buscaba.

Los ojos de la muchacha fulguraron.

—¿Cómo puedes ser tan despiadado, Bruce?

Jordán la levantó bruscamente en un arrebato de cólera y sujetándola férreamente por los hombros, muy próximo su rostro al de ella, silabeó:

—Puedo ser duro como el granito, o suave como el terciopelo, niña. Todo depende del trato que me den. Siento que mataron a Judy porque en el fondo era una pobre chica que equivocó el camino aliándose a estos canallas. Pero no puedo derramar lágrimas.

Durante interminables segundos ambos jóvenes permanecieron mirándose al fondo de los ojos, tensos, jadeantes... Finalmente se inclinó más Bruce y aplastó la boca en salvaje beso contra los labios femeninos.

Cuando la soltó retrocedió Eva un paso con la respiración entrecortada y las mejillas encendidas.

—¿Cómo te... atreves...?

—¿A besar a una mujer que está sobre un pedestal? —inquirió sereno Bruce—. Sencillamente porque ya no soy un servidor de la familia Garfield. Y porque te encuentro muy atractiva y deseo comprobar si es posible romper la capa de hielo.

Eva Garfield seguía con el rostro encendido. Sus labios se movieron y casi involuntariamente, musitó:

—¿Me... encuentras atractiva?

—Más de lo que te imaginas, nena. Y me duele ese carácter tan agrio que posees.

Y Bruce volvió a sujetarla por los hombros. Esta vez poniendo una extremada suavidad. Empezó a inclinarse de nuevo buscando la boca de ella y murmuró roncamente:

—Somos iguales, Eva. Tan sólo un hombre y una mujer.

La muchacha quiso apartarse y tuvo tiempo sobrado de hacerlo dada la lentitud de Bruce. Pero por un recóndito motivo que no pudo analizar se quedó quieta.

Dejó que Bruce la besara aunque no correspondió a la caricia.

Él se separó y la miró al fondo de los ojos. Soltándola tan bruscamente como la había cogido se alejó de ella.

Buscó un papel y estuvo escribiendo unos minutos en él.

Luego regresó junto a Eva y se lo tendió.

—Lee despacio lo que he escrito y disponte a realizarlo al pie de la letra, Eva. No lo hagas en voz alta.

Ella cogió el papel entre sus dedos e inclinó la mirada empezando a leer. Al concluir levantó la cabeza y posó los ojos nuevamente en el rostro de Bruce.

—¿Quién te garantiza que cumpliré, cuando abandone este lugar?

Bruce esbozó una sonrisa.

—Me lo dice el tono de tu voz. Estás empezando a comprender que la mejor arma de una mujer frente a un hombre es la docilidad, aunque la mayoría de las veces tea fingida.

En efecto, algo estaba cambiando dentro de Eva Garfield y Jordán no había dejado de percibirlo. No era ya la mujer altiva, engreída y caprichosa, que conoció. Hasta la expresión de su cara había cambiado y también la mirada de sus bellos ojos.

Quizá se debiera a las experiencias que estaba viviendo.

Bruce sacó del bolsillo una llave y la puso en la diestra de ella.

—Es mejor que no pierdas tiempo, Eva —dijo suavemente—. Puedes llevarte el coche que utilizamos Clinton y yo para venir.

La chica asintió en silencio moviendo la cabeza y se encaminó a la salida.

Bruce echó una ojeada a los ligados Clinton y Brook antes de abandonar la sala yendo en pos de Eva.

La acompañó hasta el exterior de la casa y caminó unos pasos por el sendero a su lado. Después se detuvo y pidió serio el semblante:

—No dejes de cumplir lo escrito ahí, Eva.

Ella se giró levantando la cabeza.

—¿No temes que al verme libre regrese a mi casa, Bruce?

El joven sacudió la cabeza negando.

—Sería una necedad por tu parte, Eva. Si te encontraras con Wallace lo echarías todo a perder. Recuerda que tu padre confía aún en él. Y... me pondrías a mí en un aprieto.

—Vas a correr un gran peligro, Bruce.

—No te preocupes.

Eva Garfield se dispuso a marcharse, pero todavía se detuvo unos segundos y miró fijamente a Jordán.

—¿Seguiremos... hablando cuando esto acabe, Bruce?

Jordán rió abiertamente asintiendo.

—Puedes estar segura de ello, nena. Me interesa mucho cambiar impresiones contigo. Procura pensar en eso.

Minutos después descendía por el sendero el coche que habían traído Bruce y Clinton. Al volante, la mente de Eva Garfield era un caos de ideas encontradas. Tenía mucho que reflexionar.

Jordán retornó al interior de la vivienda y dejando el revólver sobre la mesa ratona del teléfono se instaló cómodamente en un sillón. Sacó un cigarrillo y prendiéndole fuego comentó dirigiéndose a los dos granujas:

—Ahora sólo me queda esperar al cerebro de la operación, chicos.

CAPÍTULO XII

Bud Wallace se detuvo a unos metros de la entrada y extrajo la pistola de la funda.

A su lado, lo imitó Jeff Smith.

—Aquí hay demasiado silencio, Bud —comentó el pelirrojo—. No me gusta nada.

—Quizá no nos escucharon llegar. Llámalos.

Jeff hizo bocina con las manos y gritó:

—¡Eh, Luke!

Instantes después asomaba por una ventana Luke Clinton y ondeaba una mano diciendo:

—Vamos, entrad.

Wallace devolvió el arma a la funda y Jeff hizo lo propio. Ambos se encaminaron a la entrada.

Antes de que llegaran a ella recibió Luke Clinton un fuerte golpe en la nuca y la mano de Bruce tapando su boca impidió que el gemido se escuchara fuera.

Eric Brook se hallaba amordazado además de fuertemente atado.

Bruce Jordán se colocó junto a la entrada y empuñando firmemente el revólver aguardó a los dos que se aproximaban confiados. Wallace y Jeff penetraron en la vivienda y acto seguido respingaron al escuchar la helada voz a su izquierda:

—Un solo movimiento y os dejo fritos, Wallace.

Los dos se quedaron de muestra.

El pelirrojo Jeff Smith inició el movimiento de llevar la mano a la axila, pero la detuvo en el aire al decir Bruce:

—Anda, panocha, completa el movimiento y te quedas manco.

Bud Wallace se giró despacio y prietos los maxilares lanzó al joven una inexpressiva mirada.

—¿Qué significa esto, Jordán?

Bruce dejó escapar una risita.

—Sorpresa, sorpresa.

—¿Cómo has podido...?

—¿Averiguar que vosotros teníais a Eva Garfield? Sólo tuve que sumar dos y dos, Wallace. Así de sencillo. Por regla general los problemas más difíciles se resuelven siempre de la manera más simple. Éste no ha sido la excepción.

Bud Wallace frunció el ceño.

—¿Dónde estuvo el fallo, Jordán?

El joven compuso una mueca.

—Primero vamos a ponernos cómodos, Wallace. Vais a sacar las pistolas sujetando la culata con dos dedos y las dejáis caer al suelo. Primero uno y después el otro. Es para poder meteros un balazo en caso de truco, ¿sabes? Venga, empieza tú, panocha.

Jeff Smith obedeció despacio y dejó caer el arma a sus pies.

Bruce le enseñó los dientes.

—Eres un encanto pelirrojo. Te toca a ti, Wallace.

Bud Wallace hizo lo propio bajo la atenta mirada de Bruce.

—Ahora vamos dentro, muchachos.

Al alejarse los dos guardaespaldas hacia el interior pegó Bruce dos puntapiés a las pistolas arrojándolas al exterior. Sin perder un segundo fue tras ellos y al llegar a la sala donde se encontraban Brook y Luke Clinton, ordenó:

—Alto ahí.

Bud Wallace estaba contemplando a sus dos compañeros.

—¿Qué has hecho con Luke y Eric, Jordán? Te prevengo que las consecuencias...

—No seas majadero, Wallace —le cortó Bruce—. Deja ya la máscara a un lado.

El exteniente de policía entornó los párpados y encogió los hombros soltando un suspiro.

—De acuerdo, Jordán. Tú has ganado. ¿Qué pides por unirme a nosotros?

—La luna.

—Le podemos sacar doscientos mil al millonario de los periódicos, Jordán. Cuarenta mil pueden ser tuyos.

Bruce hizo un ademán despectivo.

—Eso es calderilla, Wallace.

—Piénsalo un poco, Jordán. No todos los días se tiene la

oportunidad de atrapar esa cantidad.

—Lo tenéis bien planeado, ¿eh, Wallace?

—No puede haber fallos.

—Ya lo ha habido, hombre. ¿No te das cuenta de que todo se fue al traste?

—Ove, Jordán...

—¿Por qué tuvo que morir Judy Turner después de ayudaros, Wallace?

El exteniente lo miró ceñudo.

—¿Cómo has averiguado que Judy estaba con nosotros? —Antes de que el joven contestara desvió la mirada al desvanecido Clinton y masculló—: No hace falta que me lo cuentes. Habló Clinton, ¿eh?

—Es un flojo, Wallace.

Jeff Smith dejó escapar una maldición.

—¡Cerdo asqueroso...!

—Calla, panocha. Cuando los hombres hablan se callan los nenes malos. Te hice una pregunta, Wallace.

Bud encogió los hombros.

—A Judy se le subieron los humos a la cabeza y hubo que prescindir de ella. Se ponía pesada.

—Y la forma más expeditiva era matarla, ¿no?

Wallace echó una ojeada de odio a Clinton.

—¿Resistió mucho antes de hablar?

—Te he dicho que era un flojo.

—Pero tú sospechaste antes de nosotros. ¿Por qué?

—La mar de sencillo —explicó Jordán—, también te he dicho que lo más difícil se vuelve fácil en ocasiones. Presentaros en el apartamento de Judy los primeros fue un fallo garrafal, quitarme el cargador de la pistola el segundo falle, y por último que en el Whit People vieron a Luke y Judy juntos.

—Puedo rebatir todo eso, Jordán.

—No me digas —se mofó Bruce—. Adelante, hombre.

Wallace se pasó la mano por el rostro.

—Llegamos los primeros al apartamento porque Jeff te seguía, ya que eras nuevo y no confiábamos en ti. El cargador te lo pudo quitar el inspector Woos... o tu propio amigo Benson. En cuanto a que vieron en el Whit People a Luke y Judy juntos... hay formas de convencer al chivato de que se equivocó.

—¿Y qué me dices de esta casita, Wallace? Eva Garfield se encontraba retenida aquí.

El exteniente forzó una sonrisa.

—Pero eso sólo lo sabemos nosotros y tú, Jordán.

—¿Y no basta?

Jeff Smith se percató del juego que llevaba entre manos Wallace y se propuso echarle una mano.

—Para probar todo eso tienes que salir vivo de aquí, ¿no, Jordán? —intervino socarrón—. Lo que falta saber...

Bruce disparó como un meteoro la mano armada y pegó de lleno en un lado del rostro al pelirrojo. Éste se vino abajo como una res apuntillada sin soltar ni un gemido.

—Te lo advertí, panocha.

Bud Wallace quiso aprovechar la ocasión para atacar, pero Jordán se revolvió metiéndole el cañón del revólver por una oreja.

—Tranquilo, Wallace. No tengas prisa en cobrar.

Bud Wallace se quedó convertido en estatua. La cara cerúlea y la mirada fija.

—No dispares..., Jordán.

Bruce rió ácidamente.

—Sólo lo haré si me obligas, Wallace. Tengo que cobrarte cinco dólares y pagarte lo que te debo, ¿no te acuerdas? —Hizo una pequeña pausa y añadió—: Anda, coge esos restos de cortina y ata bien al pelirrojo para que no estorbe.

El otro no se movió de su sitio.

—¿Qué pretendes hacer?

—Ya lo verás. Hazme caso y ata bien a Jeff. Es un muchacho belicoso y me lo tendría que cargar.

Bud Wallace fue hacia los restos de la cortina que sirvió para sujetar a Brook y Clinton y procedió a ligar las manos a la espalda al pelirrojo Jeff Smith que seguía de bruces inconsciente.

—Le has pegado fuerte, Jordán.

—Qué lástima —comentó irónico Bruce—. A lo mejor se me fue la mano y me lo he cargado.

—Todavía respira.

—No sabes el peso que me quitas de encima. Seguro que esta noche podré dormir tranquilo.

Wallace se levantó sin prisas.

—¿Ahora qué, Jordán?

Bruce tardó un poco en responder.

—Voy a comprobar lo macho que eres, Wallace. Quiero que vuelvas a pegarme en el rostro y hasta clavarme la rodilla en los riñones, si te es posible.

Wallace miró el revólver empuñado por Jordán.

—¿Teniendo tú un arma en la mano?

—Estaríamos en igualdad de condiciones, ¿no, Wallace? Pero eso sólo lo hacen los cobardes como tú. Tuvieron que expulsarte de la policía por inferir malos tratos a los detenidos. Siempre jugando con ventaja. Como lobo atacando a un ciervo.

—¿A qué viene todo eso, Jordán?

—A qué voy a darte la oportunidad de demostrar por una vez en tu asquerosa vida que puedes pegarle a un hombre sin ventaja de ninguna clase.

—¿Cómo?

—Así —uniendo la acción a la palabra arrojó Bruce el revólver al asiento de un sillón apartado—. Me consta que soy un tonto, pero deseo comprobar hasta dónde llegas, Wallace.

El semblante del exteniente de policía fue cambiado ostensiblemente. De músculos crispados y mirada temerosa pasó a componer una mueca de regocijo.

—Te voy a dar la zurra de tu vida, Jordán.

El joven abrió las piernas invitando con las dos manos:

—Venga, Wallace. Te estoy esperando.

CAPÍTULO XIII

Bud Wallace comenzó a moverse lentamente en torno a Bruce con las manazas adelantadas dispuesto a repeler la primera agresión, o atacar en el momento menos esperado.

Bruce lo dejó hacer manteniéndose tranquilo.

Después del primer minuto de tanteo, comentó fastidiado el joven:

—¿A qué esperas, Wallace? Dando vueltas a mi alrededor lo único que puedes lograr es marearme.

El otro sonrió exultante.

—No tengas tanta prisa en recibir la zurra, Jordán.

—Eso te lo dije yo antes.

—¿Por qué no atacas...?

Bud Wallace no pudo acabar la frase.

Súbitamente saltó Bruce hacia adelante y metió la derecha como un relámpago alcanzando a su enemigo de lleno en el pómulo. Antes de darle tiempo a reaccionar dobló con un zurdazo al hígado.

Wallace rodó por el suelo boqueando como un pez fuera del agua. Tenía amarilla la cara y rió en pie Bruce.

—Vamos, Wallace, sólo es el principio.

El exteniente levantó la cabeza y le lanzó una mirada homicida, llena de rencor.

—Te voy a deshacer, Jordán.

—No me lo creo.

—Cuando te atrape...

—Eso es lo malo para ti, Wallace, que no llegará a cogerte.

Bud Wallace comenzó a incorporarse lentamente y cuando estaba a medias se lanzó en zambullida inesperada consiguiendo pillar desprevenido al joven.

Le abrazó las piernas y ambos rodaron por el suelo.

Wallace empezó a pegar terribles zarpazos en todas direcciones

confiando que alguno de ellos llegara a un punto vital de Jordán. Éste se defendió como pudo y en dos ocasiones intentó zafarse de su rival sin lograrlo.

Tan pronto estaba uno encima, como se cambiaban las tornas y era el otro quién cabalgaba a su antagonista. Wallace resollaba como un oso y metía los puños con dureza.

Uno de los golpes alcanzó nítido a Jordán en el costado y éste se sintió invadido por un intenso dolor. La prieta venda le resultaba un estorbo y al mismo tiempo se resentía del rodillazo recibido en los riñones el día anterior.

Wallace se percató de su leve ventaja y arreció en sus golpes aullando de alegría.

Bruce pensó que en aquel terreno no tenía escapatoria.

En una de las vueltas metió la rodilla en la entrepierna de Wallace y el exteniente de policía dejó escapar un alarido empezando a rodar por los suelos con ambas manos sujetándose la parte dolorida.

Bruce se puso en pie jadeante.

Vio que Wallace dejaba de girar sobre sí mismo, aunque continuaba pálido como un muerto, encogido grotescamente. Su postura parecía la de un musulmán orando. Y se quejaba, lastimero.

Cuando pudo hablar, barbotó:

—Eres un cerdo inmundo, Jordán.

—No me hagas reír, Wallace. ¿Qué me dices del traicionero rodillazo de ayer?

De repente aferró Wallace una silla y desde el suelo la arrojó a las piernas del joven. Jordán tuvo el tiempo justo de saltar ágilmente y eludir el improvisado proyectil.

—Eso no vale, Wallace —resolló—. Si vamos a ponernos bestias te llevo delantera.

El otro ya estaba de nuevo en pie y se aproximó con los puños delante.

—Ven con papaíto, Jordán.

Bruce adelantó el mentón riendo.

—Te estoy viendo como un norvietnamita y eso es malo para ti, Wallace.

—Me muero de miedo, soldadito.

Y siguiendo su táctica de sorprender a su rival corrió Wallace

hacia él abiertos los brazos. Sabía que si lograba abrazarlo por los riñones, la pelea se resolvería a su favor.

Pero Bruce también lo sabía y saltó de costado.

Cuando Wallace pasó por su lado convertido en un rápido borrón le puso una alevosa zancadilla y, al no poderse frenar, el exteniente voló por los aires yendo a caer sobre una lámpara situada en uno de los rincones de la sala.

La destrozó bajo su peso y quedó medio aturdido a causa del tremendo testarazo.

Bruce se llegó allí y le tendió la diestra.

Aún medio mareado aceptó Wallace la ayuda y cuando quiso darse cuenta de su equivocación ya era tarde.

A medio incorporar le sacudió Bruce un terrible zurdazo al puente de la nariz y dos chorros de sangre brotaron por las fosas nasales de Wallace.

—Se acabaron las contemplaciones, Wallace. Eso ha sido una simple operación de fosas nasales. Espera que empiece con el trasplante de riñones y la apendicitis.

Bud Wallace gateó, alejándose del rincón. Tenía turbia la visión y se estaba empapando la camisa con su propia sangre.

—¿Quieres una tregua, Wallace?

El expolicía vio el cielo abierto.

—Como quieras, Jordán —tartamudeó trabajosamente—. ¡No puedo respirar, infiernos!

—Espera que te echo una mano.

Inclinándose, lo aferró Bruce por los cabellos y levantándole la cabeza le metió un gancho en la nuez arrojándole violentamente contra la pared del fondo.

—A que te encuentras mejor ahora, ¿eh, Wallace?

Pero su enemigo no le pudo contestar.

Se hallaba tendido boca arriba y se sujetaba la garganta dando botes sin cesar. Haciendo un titánico esfuerzo, pudo bisbisear:

—Por tu madre..., Jordán. Hazme la... respiración boca a boca.

—Venga, Wallace —se burló Bruce—. Estás exagerando, hombre.

Pero a pesar de sus palabras frunció el entrecejo porque observó que Wallace se estaba poniendo por momentos más morado que una violeta. Se acercó a una jarra de agua y se la vació en el rostro.

—Agüita milagrosa, Wallace. Se acabaron tus penas.

Bud Wallace tardó aún casi unos dos minutos en recuperar el color habitual del semblante. Quedó sentado en el suelo masajeándose mimosamente el cuello y jadeó con una voz extrañamente ronca:

—Eres un maldito bestia, Jordán.

—Lo mismo digo, Wallace. Con la diferencia de que tú eres un bestia abusón. Vamos, ponte en pie que sigue la función.

Bus Wallace negó enérgicamente con la cabeza.

—Tengo bastante.

—Pero yo opino que aún te falta, tenientucho. Sólo has cobrado lo de Judy Turner. Te falta recibir lo mío particular.

—Renuncio a seguir peleándome contigo, Jordán.

—No puedes, Wallace.

Y saltando a su lado se dispuso Bruce a soltarle un derechazo en la oreja.

Sin embargo, Bud Wallace había estado esperando ansiosamente ese instante y demostrando un poder de recuperación asombroso se contorsionó en el suelo largando una doble patada al vientre del joven, que no esperaba ni por asomo aquella reacción.

Se encogió Bruce y abrió desmesuradamente la boca llevando aire a sus doloridos pulmones. Mientras retrocedía a gran velocidad tenía la impresión de llevar las tripas al descubierto.

Su espalda chocó finalmente con la pared del fondo y allí se pudo mantener apoyado sin derrumbarse. Pero seguía sintiendo un horrible dolor en el vientre.

Vislumbró a Bud Wallace aproximándose con una mueca feroz plasmada en la cara.

De pronto disparó el puño y Bruce tuvo el tiempo justo de ladear la cabeza y sentir cómo se estrellaban los nudillos del expolicía contra la pared, a escasos centímetros de su oído.

Wallace dejó escapar un aullido.

Y Bruce condensó todas sus fuerzas en el brazo derecho clavándolo en la boca del estómago de su traicionero enemigo.

Wallace retrocedió a causa del golpe.

Bruce empezaba a recuperarse y ya no le dio cuartel. Lo persiguió sin dejar de lanzar puñetazos cruzados a derecha e izquierda, que hacían mella ostensiblemente en la resistencia de

Wallace.

Hubo un momento en que el canallesco sujeto dejó caer los brazos a lo largo de los costados, prueba evidente de que se hallaba completamente groggy. Pero Bruce lo mantuvo derecho a base de cortos ganchos y aún continuó castigándole sin misericordia, unos minutos.

Cuando al fin lo dejó desplomarse, el rostro de Wallace era una máscara sanguinolenta. Los ojos cerrados, un pómulos abierto, los labios reventados... Quedó tendido boca arriba respirando débilmente.

Bruce se mordió los nudillos resollando entrecortadamente.

Poco a poco fue recuperando el ritmo normal de su respiración y ya casi lo había conseguido, cuando la voz de Luke Clinton sonó helada a su izquierda:

—Ha sido una bonita pelea, Jordán. Lástima que no vaya a servirte para nada.

Bruce se giró y apretó los dientes, furioso consigo mismo. Debíó pegar más fuerte a Clinton, o haberlo hecho atar por el propio Wallace a pesar de estar inconsciente.

Pero lamentarse ahora era idiota.

Clinton empuñaba una pistola y encañonaba con ojos inusitadamente brillantes al joven.

CAPÍTULO XIV

—Quédate como una estatua, Jordán.

—¿Vas a balearme, Clinton?

—Te responderé con tus mismas palabras. No, si no me obligas. Aguardaremos a que Bud se recupere y que él decida —rió, regocijándose, Luke, y agregó—: Se llevará la sorpresa más agradable de su vida.

—Podemos estar aquí medio día, Clinton.

—¿Acaso tienes prisa?

Bruce dio una cabezada afirmativa.

—Mucha, Clinton. Todavía falta el último acto de la comedia y tengo que preparar el escenario.

Luke Clinton arqueó las cejas.

—¿Qué comedia?

—La que se va a representar aquí —hizo una pausa Bruce, y señalando la pistola empuñada por el bandido dijo, irónico—: Esta pistola es la mía y está descargada, muchacho.

Luke Clinton bajó una fracción de segundo la vista en forma maquinal y Jordán se lanzó en zambullida a sus piernas.

Sonó un estampido, y una bala se clavó en el techo.

Pero Bruce ya tenía dominada la situación. Arrebató el arma a Clinton de un manotazo y la arrojó lejos. Luego le sacudió dos rápidos puñetazos al rostro y lo dejó medio aturdido.

Dispuso de tiempo suficiente para prepararlo todo a su gusto, sin ser estorbado.

Ahora sólo faltaba que Eva hubiese cumplido las instrucciones que le escribió en el papel.

Dos automóviles se detuvieron delante de la casa y de ellos descendieron varias personas.

Bruce recibió en la puerta al inspector Sterling Woos, al capitán

Benson y al presidente de la cadena de periódicos, Anthony Garfield. El primero en hablar fue este último:

—Deseo expresarle mi gratitud, Jordán. Mi hija Eva...

—Luego, Garfield —lo cortó Bruce Se dirigió al federal e invitó —: ¿Quiere entrar y echar un vistazo a los cuatro fulanos del interior, inspector?

Sterling Woos afirmó con la cabeza y penetró en la vivienda seguido por Benson y Garfield. El capitán de la infantería de marina cambió una mirada con Bruce al pasar junto a él.

Los tres hombres se detuvieron en la entrada de la sala y pasearon la mirada por los cuatro secuestradores.

Bruce dijo tras ellos:

—Deben perdonar el aspecto que presentan. Las magulladuras y los hematomas son una consecuencia lógica de lo ocurrido aquí.

El inspector Woos se giró mirándolo a los ojos.

—¿Lo hizo usted solo, Jordán?

—Soy un jabato cuando quieren convertirme en muñeco de pim, pam, pum, señor. Además...

—¿Qué, Jordán?

El joven señaló con un ademán a Bud Wallace que estaba amordazado lo mismo que los otros tres.

—Tuve que sacarle una confesión a ese bicho.

Sterling Woos frunció el ceño.

—¿Una confesión?

—Eso he dicho, inspector. Estos cuatro son simples ejecutores de un cerebro que se oculta en las sombras. Como puede comprobar por su aspecto me costó trabajo sacarle la verdad.

Hubo un silencio y preguntó el federal:

—¿A qué verdad se refiere, Jordán?

Bruce se volvió despacio y clavó una inexpresiva mirada en el capitán Benson.

—¿La explicas tú o prefieres que lo haga yo?

Benson se había puesto pálido como un muerto.

—¿A qué... te refieres Bruce?

El joven chasqueó la lengua.

—Déjate de disimulos, Benson. Tú mismo me dijiste que en muchas ocasiones hay que saber perder. Bud Wallace ha hecho una confesión completa de todo el asunto.

Súbitamente se contrajo de odio el semblante de Benson. Miró hacia Bud y masculló colérico:

—¡Maldito bastardo...!

Quiso sacar un arma del bolsillo, pero Bruce no lo perdía de vista y se le adelantó aplicándole un golpe con el canto de la mano en el cuello. A continuación le arrebató el arma y lo arrojó sobre un sillón.

—Ahí tiene al jefe de los secuestradores, inspector Woos —dijo al federal—. Se lo cedo gustosamente. Un cerdo que se hace pasar por camarada y amigo, no merece compasión.

Sterling Woos no tardó en salir de su asombro y preguntó:

—¿Es cierto lo que está diciendo Jordán, Benson?

El capitán era la viva imagen del desaliento. Una vez puesto al descubierto se había venido abajo. Encogió los hombros indiferente y barbotó:

—Jordán tiene pruebas, ¿no?

El federal atirantó el rostro y lo miró duramente.

—Me cuesta trabajo creerlo, Benson. ¿Cómo diablos pudo organizar algo así?

—La paga en el ejército es pequeña, ¿sabe? Estaba harto de jugarme la vida por una miseria.

—Y tuvo que secuestrar a Eva Garfield y hacer asesinar a Judy Turner, ¿eh? ¿Cómo lo planeó todo?

El capitán Benson puso la cabeza entre las manos y suspiró:

—Aunque ya no importe, yo no ordené que mataran a Judy. Fue una estúpida iniciativa de ese imbécil de Wallace. En cuanto a lo otro... Jordán se lo puede explicar. Woos.

El federal se aproximó más a él, y silabeó:

—Quiero que lo haga usted, Benson.

—Está bien —levantó los hombros resignado Benson—. No vamos a entrar en detalles, ¿no? Me preocupé de prepararlo todo a la perfección. Hice que Judy se hiciera amiga de Eva Garfield y luego sólo tuvimos que aprovechar el confusionismo de los secuestros. Judy recomendó a Wallace cuando enviamos el primer anónimo a Garfield. Yo, por mi parte, le recomendé a Smith y Clinton como muchachos duros y eficaces. Antes había procurado convencer a Garfield de que necesitaba protección particular, alegando que la policía fallaba, puesto que los secuestros seguían

produciéndose. Si estos idiotas no hubieran cometido el error de matar a Judy...

Bruce lo atajó haciendo un ademán.

—Te falta agregar lo del parvulillo, Benson.

—¿A qué parvulillo se refiere, Jordán? —preguntó Woos.

—Este canalla necesitaba a un párvulo para que cargara al final con las culpas. Por eso me buscó trabajo, poniéndome a las órdenes de Wallace, ¿me equivoco, Benson?

—¿Y qué tiene eso que ver ahora? —farfulló el capitán—. El asunto ha fallado, ¿no?

Bruce apretó los maxilares.

—Me están entrando ganas de echarte al suelo todos los dientes, Benson. Yo creía firmemente en tu amistad y...

Sterling Woos palmeó el hombro del joven.

—Tranquilo, Jordán. No lo eche a perder ahora. Su labor ha sido extraordinaria.

Hizo un ademán a dos de sus hombres que se mantenían a la expectativa en la entrada y éstos se llevaron a Benson.

Cuando hubieron salido se volvió el inspector a Bruce.

—¿Repetirá la confesión Wallace, Jordán?

El joven encogió los hombros displicente.

—No hubo ninguna confesión, inspector. Todo lo que dije fue inventado. Sospechaba de Benson y quise hacer la prueba. Ahora les toca actuar a ustedes.

El federal lo contempló atónito.

CAPÍTULO XV

Los federales llamaron a otros dos coches y un rato después se llevaban de allí a Benson y sus cuatro esbirros. Todos dirigieron miradas de intenso odio a Bruce antes de salir, excepto Bud Wallace.

Tenía los ojos hinchados y no podía ver.

Finalmente quedaron solos Woos, Garfield y Jordán.

El millonario carraspeó acercándose al joven.

—Le estoy infinitamente agradecido, Jordán. Estuve hablando por teléfono con Eva y sé que se encuentra a salvo. Tiene... que permitir que le gratifique. Aunque lo que ha hecho por mi familia no tiene precio... deseo mostrarle mi sincero agradecimiento.

El joven movió la cabeza denegando.

—No vaya a extenderme un cheque, señor Garfield.

A pesar de las palabras de Jordán, Anthony Garfield fue a una mesa y sacando un talonario estuvo escribiendo en él. Luego arrancó una hojita y la tendió al joven.

—Es una minúscula muestra de mi agradecimiento, Jordán.

Bruce cogió el talón y leyó la cantidad escrita.

—Diez mil dólares...

—Le repito que lo importante es nuestro agradecimiento, Jordán. Mío y de mi familia. Le ruego que no se ofenda...

—Puede quedarse con el cheque, Jordán —intervino el inspector Woos, viendo los esfuerzos de Garfield para no herir al orgulloso muchacho—. Se lo ha ganado a pulso.

Bruce sacudió la cabeza en repetida negativa y rompió en varios trozos el cheque.

—Creo que diez mil dólares es poco, señor Garfield.

Sterling y el millonario respingaron, sorprendidos.

Después de unos instantes, dijo el último:

—Le extenderé uno en blanco y usted mismo pondrá la cantidad,

Jordán. Perdón si...

—Un momento, señor Garfield —lo atajó Bruce, moviendo las manos—. Puede que el precio no se pueda pagar con dinero.

Garfield arqueó las cejas.

—No lo entiendo...

—¿Me presta su coche, señor Garfield?

—Desde luego, pero...

—No se preocupe —rió Bruce—. Es posible que dentro de un rato sepa mi precio. Cuando haya hablado con Eva.

Y soltando una alegre carcajada abandonó la casa.

Minutos después descendía por el sendero conduciendo el coche suntuoso de Anthony Garfield.

CAPÍTULO XVI

Eva Garfield abrió la puerta del apartamento de Margaret y vio en el hueco, plantado ante ella, a Bruce Jordán que la miraba sonriente a los ojos.

—¿Has estado pensando en lo que hablamos, Eva?

—Sí, Bruce.

—¿Y tengo que dar media vuelta y marcharme o, por el contrario, puedo entrar?

—Eva se hizo a un lado.

—Puedes entrar. Bruce. Tú mismo me diste la llave de este apartamento, ¿recuerdas?

Bruce no respondió de momento. Entró en el apartamento y cerró la puerta a su espalda. Sabía que la propietaria todavía tardaría unas horas en volver.

—¿Has... visto a Margaret?

Eva denegó moviendo la cabeza.

—No he visto a nadie desde que llegué hace unas horas. Bruce. Cumplí tus instrucciones tal como las escribiste.

El joven dio una lenta cabezada.

—Te doy las gracias por ello, Eva.

Ella caminó unos pasos dándole la espalda.

—Era lo menos que podía hacer. Recuerda que te debo la libertad. Bruce.

Jordán se pasó la mano por los cabellos.

—Olvídalo. Tu padre me ofreció diez mil dólares.

—Mi padre siempre ha sido muy generoso, aunque, mirándolo bien, se quedó corto. Has arriesgado tu vida...

—Rompí el cheque, Eva —informó Bruce cortándola—. Aspiro a algo que para mi vale infinitamente más.

La chica se giró y lo miró fijamente a los ojos.

—¿A qué, Bruce?

—A ti.

Ella compuso un mohín sin perder la seriedad de la cara.

—Soy una niña caprichosa y mal educada.

Bruce levantó los hombros.

—Me arriesgaré —contestó él caminando despacio hacia ella—. La vida está llena de riesgos.

Llegó a su lado y la cogió suavemente por los hombros.

Eva levantó la cabeza y durante largos segundos permanecieron mirándose en silencio.

Finalmente se inclinó Bruce y la besó en los labios.

Un beso breve, titubeante.

—Tus labios están fríos, Eva.

—Es posible.

Bruce dio un paso atrás y en su rostro apareció una expresión de resignación.

—He salido perdiendo cuando has recapitado, ¿eh?

—No, Bruce. Has ganado en toda la línea. Reconozco que he sido todo lo que tú dijiste. Me he propuesto ser completamente diferente en el futuro.

—Sin embargo...

—¿Por qué tenías la llave del apartamento de Margaret, Bruce? —inquirió con suavidad la chica—. No tienes obligación de contestarme si no lo deseas.

Bruce comprendió, de pronto, lo que pasaba a Eva y echó la cabeza atrás riendo alegremente.

—¿Es eso? No tienes por qué preocuparte, nena. Margaret es tan sólo una buena amiga que me ayudó en un momento difícil.

—Bruce...

—Dime, cariño.

—¿No me mientes? Sería capaz de arrancarle los ojos a la mujer que pretenda...

Bruce le puso los dedos en los labios, silenciándola. Luego la enlazó por la cintura y tiró de ella.

Se inclinó besándola y en ésta ocasión entreabrió Eva los labios correspondiendo apasionada a la ávida caricia.

Bruce comenzó a pensar algo creíble, respecto a Margaret. De todas formas una mujer enamorada está siempre dispuesta a creer lo que le diga su compañero.

Y Eva estaba demostrando quererlo.

Lo que urgía después de besarla era salir de allí y... sobre todo, dejar la llave bajo el felpudo.

FIN

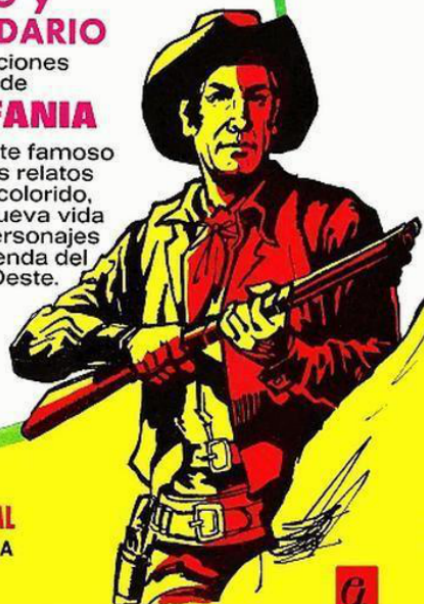
DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

